



#5

**Noviembre
2021**

Izquierda: teoría y praxis

**Reflexionando
sobre diversas
obras en torno a la
izquierda**

PRIMERA PARTE

Boletín del
Grupo de Trabajo
**Izquierdas: praxis
y transformación
social**



CLACSO

PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO

Pablo A. Pozzi
Alejandra Pisani
Ernesto Salas
Marcelo Langieri
Alejandro Falco

Izquierda: teoría y praxis : Reflexionando sobre diversas obras en torno a la izquierda, nro. 5 / Pablo A. Pozzi ... [et al.] ; coordinación general de Viviana Bravo Vargas; Mariana Mastrángelo; Pablo A. Pozzi.- 1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, 2021.

Libro digital, PDF - (Boletines de grupos de trabajo)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-037-8

I. Peronismo. 2. Izquierda Política. I. Pozzi, Pablo A., coord. II. Bravo Vargas, Viviana, coord. III. Mastrángelo, Mariana, coord.

CDD 306.20982



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Gustavo Lema - Director de Comunicación e Información

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial

Equipo

Natalia Gianatelli - Coordinadora

Cecilia Gofman, Giovanni Daza, Rodolfo Gómez, Teresa Arteaga

y Tomás Bontempo.

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> |

<www.clacso.org>



Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi.

La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

Coordinadoras

Viviana Bravo Vargas

Departamento de Investigación y Postgrados
Universidad Academia de Humanismo Cristiano
Chile

vivianabravo@gmail.com

Mariana Mastrángelo

Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas
Argentina

mariana_mastrangelo@hotmail.com

Coordinador del Boletín #5

Pablo Pozzi

Facultad de Filosofía y Letras (UBA)

Instituto de Estudios de América Latina (INDEAL)
Argentina

pablo.pozzi@yahoo.com.ar

Contenido

- | | | | |
|-----------|---|-----------|---|
| 5 | Presentación
Primera Parte

Pablo Pozzi | 57 | El mundo de la izquierda peronista

Marcelo Langieri |
| 7 | Discutiendo las hipótesis sobre la lucha armada en Argentina

Pablo A. Pozzi | 68 | El PRT-ERP y el diario El Mundo

Pablo A. Pozzi |
| 25 | Apuntes para continuar caminando “por las sendas argentinas”

Alejandra Pisani | 74 | Los Tupamaros en su exilio chileno

Alejandro Falco |
| 45 | Acerca de Montoneros y la memoria del Peronismo
Símbolos, líderes, actores

Ernesto Salas | | |

Presentación

Primera Parte

En las últimas décadas la producción académica, o sea las investigaciones, sobre diversos aspectos de la izquierda latinoamericana ha crecido exponencialmente. Lo que fueron a fines del siglo XX algunas decenas de obras sobre estos temas, se han convertido en cientos en el siglo XXI. En todas hay planteos nuevos, discusiones de hipótesis viejas, polémicas a veces abiertas y otras veces muy solapadas. En este Boletín el Grupo de Trabajo: Izquierdas: praxis y transformación social, del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, pretende un aporte a la discusión de esas obras.

Lo que hemos hecho es reunir una serie de trabajos y solicitar a diversos investigadores que escriban una reseña discutiendo los mismos. Nos hemos centrado en dos tipos de trabajos: el primero, es de aquellas producciones del mismo GT; el segundo, de otras obras que eran de relevancia para los mismos investigadores del GT. Asimismo, los autores de las reseñas han sido elegidos entre integrantes del GT y otros investigadores que fueron invitados expresamente a discutir una obra en particular.

Por último, el Boletín comienza con tres artículos de discusión (por no decir polémica) cuyo eje central es profundizar la temática en torno a la lucha armada y también las políticas represivas (el genocidio, dice Susana Murillo). Ambos temas han sido el punto de partida de, y subyacen a, buena parte de las obras escritas en las últimas tres décadas.

En fin, se trata de dar a conocer diversos trabajos y, más importante, de plantear ejes de discusión hacia el futuro. En esta primera parte se presentan las discusiones en torno a obras sobre diversas guerrilleras estudiadas por miembros del Grupo de Trabajo.

Pablo Pozzi
Investigador del Grupo de Trabajo CLACSO
Izquierdas: praxis y transformación social
Octubre, 2021

Discutiendo las hipótesis sobre la lucha armada en Argentina

Pablo A. Pozzi*

El tema de la guerrilla revolucionaria en Argentina sigue concitando, treinta años después de aquella gesta, el interés de amplios sectores de la población. Sin embargo, y con algunas notables excepciones, existe una escasa discusión y comprensión en profundidad de su historia, su significado, y de la sociedad que la gestó. En este sentido los artículos de Sergio Bufano, Gabriel Rot y Carlos Flaskamp en los primeros números de *Lucha Armada* son bienvenidos. Lo escaso del debate es notable porque una de las primeras obras sobre el tema, la de Richard Gillespie (1987) sobre Montoneros, lanzó una cantidad de hipótesis y conclusiones que llamaban a profundizar la investigación y de hecho polemizaban con las versiones oficiales tanto de los antiguos militantes como de lo que se denominó genéricamente “el alfonsinismo”. Por ejemplo, dudo que los tres polemistas mencionados coincidieran con mucho de lo expresado por Gillespie.

* Investigador de los Grupos de Trabajo CLACSO “Historia oral e historia política. Estudiar la izquierda latinoamericana” 2011-2013, “Violencia y Política. Un análisis cultural de las militancias de izquierda de América Latina” 2013-2016 y “Violencia y Política. “Ser de izquierdas en América Latina ayer y hoy” 2016-2019. “Izquierdas, praxis y transformación social” 2019-2022.

Inclusive, casi pasó desapercibido que la versión en castellano de esta obra, publicada en 1987, contaba con un prólogo de Félix Luna cuyo objetivo era plantear la teoría de los dos demonios en contraposición con el resto del libro. Otros estudios serios de aquella época, como el de Oscar Anzorena (1988) y el de Germán Gil (1989), que deberían haber servido como disparador de discusiones, fueron opacados por libros superficiales que tendían más a obscurecer que a comprender al fenómeno “setentista”.

Así, una cantidad de obras se convirtieron en la “historia oficial” a pesar de contar con escasísima investigación. Ejemplo de esto son los escritos de periodistas políticos como Pablo Giussani (1984) o Carlos Brocato (1985), el anecdotario anti Montonero de Juan Gasparini (1988), o el trabajo sociológico de María Matilde Ollier (1986) cuyo eje era el análisis del discurso de los guerrilleros peronistas para plantear que eran culturalmente “autoritarios”.

El éxito de la periodista María Seoane (1991), cuyo libro sobre Santucho se publicó en 1991, llevó a una gran cantidad de trabajos que aceptaban tácita o explícitamente las premisas básicas del consenso oficialista. Durante la última década hemos visto un alud de estudios, memorias, trabajos periodísticos, recopilaciones documentales, y algunas investigaciones científicas. Lo que casi no hemos visto, más allá de alguna inyectiva, es polémica. En otras palabras: no hemos llevado adelante una discusión seria sobre la guerrilla. Es como que cada uno prefiere dejar asentada su versión sin discutir las hipótesis, las premisas, y la recopilación de datos de los demás.

Lo peligroso de esto último es que lejos de lograr una síntesis que permita al conjunto social aprehender y aprender de la experiencia revolucionaria, existe una masa de trabajos que en el mejor de los casos no superan lo anecdótico y en el peor reescriben la historia según sus conveniencias o la tergiversan. Un ejemplo de lo anecdótico, que resulta en una tergiversación, es la obra de Anguita y Caparrós *La Voluntad* (1998). Escrita en forma amena, llena de anécdotas interesantes y noveladas, parecería que el fenómeno “setentista” fue casi exclusivamente porteño

y vinculado a la JP. Las escasas y escuetas referencias a otras organizaciones o al escenario nacional contrastan fuertemente con el eje porteño-céntrico. En cambio, ejemplos de la reescritura de la historia según la conveniencia política del momento se pueden ver si contrastamos las dos ediciones de *Los últimos guevaristas* de Julio Santucho, o las varias obras de Enrique Gorriarán Merlo (*Democracia y Liberación* de 1985, la entrevista realizada por Samuel Blixen en 1988, y sus *Memorias* del 2004); y ni hablar de las variadas versiones de Perdía y Vaca Narvaja. Incluso una obra de bastante seriedad analítica y autocrítica como la de Luis Mattini (1990) cae en callar una serie de cuestiones incómodas. Me consta que muchos de sus antiguos compañeros y otros investigadores tienen fuertes críticas y discrepancias que, sin embargo, no se manifiestan cuando escriben su propia versión.

Otra cuestión son los mitos y los silencios. En mi propio trabajo (Pozzi 2001) comencé con una concepción sobre el PRT-ERP derivada tanto de la experiencia personal como de los propios escritos partidarios y del folklore de los militantes. En el proceso de la investigación si bien algunos conceptos fueron confirmados; otros se revelaron falsos o inexactos. Esto fue particularmente duro porque los datos relevados tendían a cuestionar tanto la eficacia de mi memoria como lo que yo había entendido como mi experiencia personal y la de los militantes que conocía y apreciaba. Pero más aún, muchos de esos datos implicaban que debía buscar respuestas o sugerir hipótesis que en varios casos no eran gratas a la construcción que había realizado de mi propia historia, de mi generación y de mi país. Por ejemplo, para mí los militantes del PRT-ERP eran seres excepcionales.

La investigación reveló que efectivamente había individuos que lo eran, pero también que había otros que dejaban mucho que desear, y una cantidad muy grande eran gente común con virtudes y defectos. Pienso que la organización potenció las virtudes haciendo al conjunto, y no a los individuos, algo excepcional. Pero también pienso que cuando la organización no lo hizo, los defectos también se magnificaron. En esta mitificación no fui el único: por ejemplo, Gregorio Levenson y Ernesto

Jauretche (1998) publicaron un libro titulado *Héroes. Historias de la Argentina Revolucionaria*.

Asimismo, el PRT-ERP fue una organización de su época y de la sociedad argentina. Por ejemplo, al igual que la clase obrera argentina, como organización obrerista el partido tenía múltiples formas de machismo. Este machismo era menos que en el conjunto de la clase (razón por la cual captó un número muy importante de mujeres), sin embargo, existieron formas de discriminación de la mujer. Al igual que mis testimoniados, esto no lo percibí en su época y me costaba mucho admitirlo años más tarde. Sin embargo, era lo que quedaba claro tanto en los testimonios como en los boletines internos de la organización y en su prensa. Por ejemplo, si bien Mattini (en su ensayo en el libro de Marta Diana) admite el machismo de la organización, también es partícipe cuando plantea que muchas de las militantes del PRT-ERP “se alistó para seguir a su compañero” (Diana 1996, 370). Estos mitos y silencios recorren casi todas las obras sobre el tema. Recién ahora algunos investigadores han tomado el tema del género (Marcela Nari fue una pionera en esto). Tampoco hay referencias al tema de los militantes homosexuales y el trato que recibían en las organizaciones. Más sorprendente han sido los silencios en torno a la relación de la guerrilla con la clase obrera, o a su inserción social. Una de las cosas que más me llamó la atención de las respuestas a mi trabajo sobre el PRT-ERP es que esto último había sido una preocupación central del mismo. Cuando se lo citaba o se lo criticaba, si bien se mencionaban otras cosas, este aspecto era totalmente ignorado tanto para acordar como para discrepar de lo que yo decía.

Mi impresión es que hay una inmensa cantidad de cosas de las que no hablamos (o no deseamos recordar) al lidiar con la experiencia guerrillera. De hecho, si algo me gustó de la obra de Seoane es la humanización del líder guerrillero, aunque discrepo profundamente de su interpretación de los hechos y de la reivindicación de algunos militares o de la coordinadora radical. Una excepción a todo esto es el libro de Gustavo Plis (2003), de lejos lo mejor escrito e investigado sobre el tema. Su cuidadosa reconstrucción del copamiento a Monte Chingolo es excepcional porque trasluce su admiración, cariño y respeto por militantes

profundamente humanos, con múltiples virtudes y defectos; todo sin silenciar una cantidad de hechos que defenestran los mitos (por ejemplo, deja en claro la responsabilidad de Santucho en realizar un copamiento que estaba “cantado”).

Por debajo de todo lo anterior se han instalado una serie de postulados que son rara vez cuestionados y que subyacen a gran parte de los libros y artículos publicados sobre el tema. Estas premisas obedecen tanto a debates y alineamientos militantes en la época como a posturas ideológicas actuales derivadas tanto de las consecuencias de la represión dictatorial y de la derrota de las organizaciones, como al alineamiento político y la necesidad de justificar el mismo. En síntesis, lo que parece haberse establecido como un lugar común de muchos trabajos sobre el período puede resumirse en los siguientes conceptos:

- La guerrilla fue principalmente un fenómeno de sectores medios estudiantiles, impactados por la gesta guevarista y por ende no eran representativos de un fenómeno social más amplio;
- La violencia política emergió en la Argentina con la guerrilla;
- La guerrilla no comprendió ni valoró la democracia;
- La guerrilla, con su accionar, provocó el golpe;
- La guerrilla marxista –sobre todo el PRT-ERP y en menor grado las FAR—no comprendió ni al peronismo ni a Perón aislándose así de las masas y contribuyendo a su propia derrota. De hecho, toda la izquierda era marginal en la vida política argentina.
- Si bien los militantes eran gente ejemplar, sus direcciones eran autoritarias, o peor aún fueron las responsables del genocidio de 1976.

En cuanto al primer punto, es difícil generalizar. Sin embargo, una primera impresión a partir de los numerosos testimonios y memorias es que la guerrilla se nutrió en los más amplios sectores sociales. De hecho, mi propia investigación sobre el PRT-ERP demuestra a las claras que por lo menos esa organización tenía una composición social bastante cercana a la de la sociedad argentina de la época. Más aun, esa

organización contó con una cantidad elevada de militantes obreros con antecedentes personales o familiares en el peronismo. La visión de que sus componentes provenían principalmente de sectores medios, quizás, es un resultado de que son éstos los que tienen mayor posibilidad de publicar y difundir su versión de la historia. Con esto no quiero decir que ésta es falseada conscientemente, sino más bien que es producto de experiencias y vivencias parciales. En cambio, la investigación de los hechos demuestra que el PRT-ERP fue una organización genuinamente nacional con células a través del país incluyendo pequeñas ciudades provinciales. Creo que el caso de Montoneros es similar. Lo notable del período es que todas las organizaciones, armadas y no armadas, peronistas y marxistas, que planteaban el cambio social crecieron en forma impresionante y muy rápidamente. De hecho, todas las organizaciones políticas reclutaron peronistas, no peronistas, y una gran cantidad de gente casi sin antecedentes políticos previos. Esto cuestiona la intencionada visión de Carlos Flaskamp (2005, 104) por la cual “los militantes que tomaron las armas desde el peronismo tuvieron un anclaje directo en la situación que vivía nuestro pueblo desde 1945”. ¿Qué quiere decir con “anclaje”? ¿Cómo se mide esto? Es más una afirmación de fe partidaria (y anti izquierdista para no decir macartista) que una constatación de la realidad. De hecho (y esto es fácil de comprobar) tanto el PRT-ERP como organizaciones no armadas como el PST, el PCR, VC o el mismo PCA tenían inserción fabril tan importante como Montoneros, o muchas veces mayor.

El crecimiento de las guerrillas se dio principalmente después de 1973 llegando a un pico en las jornadas del Rodrigazo, en 1975, donde el componente obrero de las mismas creció en forma notable. Sin embargo, un lugar común de la bibliografía es remarcar que la inserción guerrillera entre la clase obrera fue dificultada por el accionar armado. Así, cuando José Amorín o Miguel Bonasso (2000, 151) critican a Montoneros por ejecutar a José Rucci, planteando que la clase obrera repudiaba esa acción, no explican por qué tantos activistas trabajadores ingresaron a la misma después de ese momento. Si esa acción fue un parteaguas político, no explican tampoco por qué ellos no se alejaron de la organización. En la práctica la ejecución de Rucci, al igual que tantas otras cosas, demuestra

lo difícil de interpretar el momento desde el hoy: son más los grises que los momentos blancos o negros. Políticamente no acordaba ni acuerdo con la ejecución de burócratas sindicales como forma de desplazarlos. De hecho, si los trabajadores tienen suficiente conciencia como para comprender esa acción entonces no hace falta ejecutarlos porque se los puede desplazar por el accionar de masas; y si no la tienen entonces esa acción es, en el mejor de los casos, una lucha de aparatos. Pero al mismo tiempo, mi recuerdo es que personalmente lo viví con alegría; y si bien en el activismo había bastante discusión al respecto, entre la masa de trabajadores el hecho fue mirado como algo casi lejano. Estoy consciente de que hay tantas anécdotas de indignación en fábricas como de alegría. También puedo relatar varios casos en los cuales el hecho fue considerado como algo absolutamente lejano o ajeno a la realidad obrera. Una hipótesis posible es que cada caso dependía de quiénes tenían activistas en el lugar de trabajo: la burocracia sindical (que los tenía y muchos) o la guerrilla. La ejecución de Rucci puede haber sido un error de concepción política (y de hecho creo que lo fue) pero no detuvo, ni siquiera frenó, el crecimiento de la JTP entre el activismo obrero.

Lo anterior lleva al tema de la violencia. Sergio Bufano plantea que: “El vértigo de la violencia, el uso de las armas, la sola presencia de un arma en el cajón de la mesa de luz, siempre lista para ser usada, no podía menos que transformar las relaciones humanas”. (2005, 23) Al igual que Bufano, en muchos trabajos parecería que la violencia irrumpió, en un cielo azul y despejado de una sociedad pacífica y armoniosa, de la mano de una juventud entusiasmada por la gesta guevarista, y que la mayoría del pueblo repudiaba el accionar armado, sobre todo después de 1973. Esta es una visión particularmente ahistórica. La historia argentina está plagada de hechos de violencia política. Además de las masacres de indígenas, de gauchos y de obreros, las elecciones fueron siempre peleadas a tiros por lo menos hasta 1946. Más aun, los partidos políticos tenían un aparato armado, generalmente para la autodefensa. El aparato del PCA es conocido. Pero pareceríamos olvidar que los comandos radicales y socialistas que asaltaban las sedes sindicales después de 1955 eran grupos armados. La famosa “patota” sindical también lo era; y las organizaciones peronistas CdeO, Guardia de Hierro, y CNU todas tenían su aparato.

En este sentido, la intencionalidad de Bufano queda más clara. Suena bien lo que él plantea, hasta que lo cotejamos con la historia y tratamos de visualizar cómo esto se puede ver en la práctica. En todo caso, Bufano podría tener razón si se refiriera a la disposición de desarrollar la lucha armada para la toma del poder. Esto efectivamente transforma las relaciones humanas en cualquier organización y también en la sociedad en su conjunto. Lo que queda implícito es que, para Bufano y otros, esto en sí mismo es malo. En un contexto de inestabilidad política permanente y de injusticia creciente, se puede cuestionar hasta donde las relaciones humanas en la Argentina de la época eran sanas, o por lo menos hasta dónde representaban una normalidad patológica.

La característica particular de la guerrilla no era el uso de la violencia política, sino que la lucha armada era considerada una de las vías (y para algunos la vía principal) para la toma del poder y la transformación revolucionaria socialista de la sociedad. Todos los que critican a la guerrilla por “violenta” realmente la están criticando por haber sido revolucionaria y haberse constituido en una alternativa real de poder. No todo grupo armado era revolucionario, así como no todos los grupos revolucionarios adherían a la lucha armada. En este sentido, y a pesar de la excelente obra de Ernesto Salas (2003), es debatible si Uturuncos puede ser considerado un antecedente inmediato de la guerrilla “setentista”, como si lo pueden ser las FAL de 1962, el EGP, el Grupo Bengoechea y las primeras FAP. En este sentido tiene razón Gabriel Rot (2005) cuando plantea que no hay que confundir un hecho delictivo, como el asalto al Policlínico Bancario, con el origen de la guerrilla. La aceptación de este hecho como uno de los mitos fundacionales es lo que genera la indignación en la respuesta de Carlos Flaskamp y le sirve para plantear una inmensa cantidad de cosas que no hacen referencia al planteo original de Rot (y conste que no coincido con muchas de las críticas de Rot al guevarismo).

La diferencia entre mitos y realidades es importante para comprender que la guerrilla no fue una anomalía sino un producto de tendencias y planteos profundos en la sociedad argentina (de toda la sociedad y no sólo de la peronista). Durante toda la década de 1955 a 1965 la discusión

entre el activismo era el tema del poder. Esta es una de las cosas que surge de la obra de Gabriel Rot (2000) sobre el EGP (y que es una lástima que él no lo profundizara). Masseti logró desarrollar un embrionario aparato urbano y reclutar militantes para su proyecto foquista. Es más que sugerente que, en 1963, la propuesta de hacer un foco guerrillero en Salta encontrara eco entre la Fede comunista, e inclusive que aquellos que no coincidieron ni adhirieron tampoco los juzgaron como “un grupo de loquitos” o de provocadores. El mismo tipo de cosa surge de la *Historia del Trotskismo* de Ernesto González (1999) cuando analiza la ruptura de Bengoechea de Palabra Obrera, o de la historia de los grupos que se reivindicaron cookistas, o de la del Partido Comunista. En todos la presión y el tema de la lucha armada como vía para la toma del poder generó discusiones, debates y rupturas, mucho antes del surgimiento de los grupos guerrilleros “setentistas”. Y estas discusiones no estaban limitadas a sectores estudiantiles o medios. En Rosario los trabajadores que luego formaron el Comando Che Guevara, en 1969, estuvieron varios años discutiendo y planificando una guerrilla rural como vía al poder; Bengoechea tenía fuertes vínculos con sectores obreros; y los azucareros tucumanos en torno a Santucho también planteaban la lucha armada.

En parte todo lo anterior tenía que ver con la situación mundial. Tanto la Revolución Cubana y la Guerra de Vietnam, como las luchas de liberación en Africa (recordemos el impacto de *La Batalla de Argel* de Gillo Pontecorvo), las gestas del Che, Camilo Torres y Carlos Marighela fueron muchísimo más importantes que el actualmente tan de moda ‘68 francés. Pero esto no alcanza para explicar el fenómeno. Si bien el ejemplo de otras experiencias es importante, no es suficiente para explicar por qué tanta gente y tan variada se lanzó a la lucha por tomar el poder. Evidentemente lo que ocurrió es que los ejemplos internacionales sirvieron para sintetizar experiencias y sentires de, por lo menos, los sectores activistas de la sociedad argentina. Para muchos de mi generación la historia política argentina era de violaciones permanentes a la voluntad popular. Así la “vía pacífica” al socialismo era una utopía irrealizable porque la burguesía jamás lo iba a permitir. Y esto se refrendaba en la historia argentina. Un país mejor y más justo era posible pero sólo derrotando a los poderosos en una lucha abierta. Para expresarlo

en forma “setentista”: la violencia de los de abajo era una respuesta a la violencia de los de arriba. En este sentido era aceptada y comprendida por muchos, aun cuando no adhirieran o la compartieran. De ahí que la guerrilla contó con mucha más simpatía de la que hoy en día admitirían los analistas vinculados a la “historia oficial”, tanto antes como después de 1973.

En gran parte esto tiene que ver con el tema de la democracia. Para Julio Santucho (2004, 176): “Si en 1973 la izquierda argentina hubiera comprendido que el ciclo insurreccional estaba cerrado y hubiera tenido la capacidad de hacer política revolucionaria en las nuevas condiciones, de elaborar un proyecto de conquistas democráticas y de disputar el consenso al peronismo en el marco democrático, la lucha armada no se hubiera prolongado después de las elecciones”. Esta frase no tiene desperdicio porque sintetiza el pensamiento de muchos de los “setentistas” reformados. La hipótesis central de este planteamiento es que era correcto hacer la lucha armada en contra de la dictadura de 1966-1973, pero que fue un error continuarla una vez regresado Perón. La continuación de la lucha armada llevó al aislamiento y a la eventual derrota guerrillera. Esto se vería refrendado en obras aparentemente serias y científicas.

El sociólogo Alfredo Pucciarelli (1999, 16), por ejemplo, plantea que a partir del GAN y de 1973 “la Nueva Izquierda ingresó en un círculo oscuro de declinación y debilitamiento que culminó en la política de aniquilamiento de la dictadura militar, en 1976.” Como planteé más arriba el problema con esta explicación es que deja de lado el espectacular crecimiento de las organizaciones armadas después de 1973. Pero aún más complejo es que tergiversa que las organizaciones armadas se planteaban revolucionarias y no reformistas electoralistas, y que esto surgió de una particular valoración de la democracia electoral argentina basada en la historia nacional.

En aquella época el parlamentarismo electoral, sujeto a proscripciones y limitaciones múltiples desde 1880, no era una expresión democrática. Las luchas democráticas eran aquellas que se remontaban a los tres

levantamientos radicales, a las luchas de los anarquistas, a las huelgas bravas de los comunistas en la década de 1930, a la Resistencia Peronista y, por supuesto, al Cordobazo. Nadie hubiera considerado a Illía “un viejito democrático”, como lo hacen numerosos historiadores y periodistas el día de hoy. Las elecciones eran una conquista de las luchas populares, pero en sí mismas no eran expresión del gobierno del *demos*. Así, cuando uno de los testimonios en el documental *Cazadores de Utopías* declara que ellos (Montoneros) peleaban “por la Constitución” esta falseando la realidad, al igual que los realizadores de la película. Nadie, excepto posiblemente la UCR de fines del siglo XIX, peleaba por una Constitución que restringía el derecho al voto, que garantizaba las relaciones de producción capitalistas, y que consagraba un senado y un colegio electoral como garantía de los poderosos.

Este es el contexto para comprender la actitud de las organizaciones guerrilleras a la apertura de 1973. Los que critican al PRT por antidemocrático se olvidan que éste participó en las elecciones de 1965 logrando varios éxitos y proponiendo reformas importantes en el parlamento (la Ley Fote) para ver su esfuerzo birlado en el golpe de 1966. Lo mismo podemos decir de Montoneros que fue central para el triunfo electoral del peronismo en 1973, para encontrarse con la masacre de Ezeiza y el golpe palaciego de Perón, Lastiri y López Rega que derivó en la renuncia de Cámpora.

Pero, además, y como señalé más arriba, el objetivo final de la guerrilla era la toma del poder para hacer la revolución socialista. Entre ellas discrepaban en cuanto al contenido del término “socialismo”, respecto de las estrategias y a la valoración de Perón en función de este objetivo, pero el mismo no se ponía en duda. Las elecciones de 1973 fueron consideradas por un amplio sector del activismo como un momento antes de que la burguesía volviera, a través de un golpe de estado, a violar la voluntad popular. En este sentido plantear que Montoneros tendría que haberse desarmado, o que el PRT-ERP debería haber hecho algo más que una tregua, es una visión contrafáctica de la experiencia histórica nacional y de los objetivos de la guerrilla. En todo caso la crítica debería ser a que sus políticas y estrategias no llevaron a una suficiente acumulación

de fuerza que les permitiera resistir exitosamente la eventual contraofensiva capitalista. Pero aun esta crítica tiene el problema de ser hecha desde la derrota. En su momento histórico el crecimiento de las organizaciones armadas fue vertiginoso y sólo lo que ocurrió después nos lleva a cuestionarlo como insuficiente.

Por otro lado, muchas de las críticas a la guerrilla y su accionar del período olvidan que sus enemigos no se llamaron a sosiego luego de las elecciones de 1973. La masacre de Ezeiza, el asesinato de militantes, la represión de las movilizaciones, fueron hechos de la época. La guerrilla no provocó el golpe de 1976, como no hizo falta guerrilla para que hubiera numerosos otros golpes en nuestra historia. En todo caso lo cruento del golpe se debió no tanto al tema de la lucha armada, sino más bien al hecho de que la guerrilla había logrado constituirse en un embrión de alternativa de poder, sobre todo porque su penetración en la clase obrera era cada vez mayor. Ese poder era un dique de contención al proyecto de transformación de la Argentina en lo que hoy se denomina una “sociedad de mercado”, y que había comenzado por lo menos desde la dictadura del general Onganía. Según los distintos informes de inteligencia (en mi caso consulté la norteamericana) ese embrión era considerado con posibilidades reales de constituirse en una alternativa plena y por ende el golpe de 1976 tenía dos fines: preventivo y transformador.

Mi planteo es que la guerrilla si valoró la democracia, pero que su definición de este término equivalía a “voluntad popular”. En este sentido el parlamentarismo capitalista era, en el mejor de los casos, una democracia restringida. En cambio, la democracia guerrillera se asentaba en la movilización popular, y se concretaba en la conformación de formas de organización con características de poder dual: comisiones villeras, agrupaciones sindicales y estudiantiles, comités de base y un sinnúmero de otras formas que permitían plantear la conformación de un poder popular genuinamente democrático. La visión actual se asienta sobre el éxito de la “democracia” alfonsinista que fue el resultado del aniquilamiento de las posibilidades de democracia popular.

Parte de la complejidad de esta interpretación proviene de la valoración de Perón y del tercer gobierno peronista. Miguel Bonasso (1997) deja en claro, en su referencia al “somatén”, que el viejo general había retornado al país para coartar toda posibilidad de democracia popular. Pero al mismo tiempo contradictoriamente tiende a reivindicar a Cámpora y su gobierno. Mi opinión es que los avances populares durante el gobierno camporista se debieron más a la presión de las masas que a alguna veleidad democrática insospechada del viejo *aparatchik* peronista.

Por otra parte, según Flaskamp (2005, 105) “el peronismo mostró que mantenía su vigencia”. Realmente lo que mostró el peronismo es que estaba profundamente fraccionado y que sólo la figura de Perón podía generar algún tipo de disciplina. La división entre izquierda, centro y derecha peronista eran fenómenos nuevos gestados después del golpe de 1955. Al mismo tiempo las permanentes denuncias de distintos dirigentes de indudable alcurnia peronista sobre los “infiltrados” en el movimiento, demuestran no sólo la fractura sino que la izquierda no era para nada marginal. En 1960 la izquierda marxista se limitaba a un PCA y algunos pequeños grupos trotskistas. En 1973 la izquierda era una amplísima gama de organizaciones. Es relativamente cierto que tenían poco peso electoral (excepto el PCA que motorizó la APR con casi 900 mil votos) pero eso sería solamente reducir el peso político a una mera capacidad de movilizar votantes. Lo que si se puede constatar es que la clase obrera (peronista y no peronista) no aceptó el Pacto Social y que hacia 1975 el flujo de activistas obreros hacia la izquierda (armada y no armada) era un río. Cuando Montoneros declaró el fin del peronismo y el pase al montonerismo lo que estaba haciendo era constatando la realidad de una profundísima crisis del movimiento peronista y su agotamiento como proyecto reformista. Así como el golpe de 1976 congeló el deterioro de las burocracias sindicales desafiadas por insurgencia de base, también puso fin al deterioro del peronismo como movimiento político.

En este sentido es materia opinable si Montoneros o el PRT-ERP tuvieron razón en cuanto a su táctica frente a la apertura de 1973. Por un lado, el ingreso de Montoneros al gobierno le permitió aprovechar algunos

espacios en el aparato del estado, pero por otro, tanto bajo Cámpora como bajo Perón, los hizo partícipes de un gobierno con características cada vez más represivas. El pase a la clandestinidad en 1974 también puede ser interpretado como una autocrítica por haber ingresado al gobierno: o sea, como un reconocimiento de que esa táctica había fracasado. Por su parte, el PRT-ERP tanto con su planteo de tregua inicial como con el copamiento de Sanidad, ya renunciado Cámpora, puede ser interpretado como una caracterización correcta de la evolución del gobierno. Pero también como una incapacidad de aprovechar en forma más cabal los espacios democráticos ganados por la movilización popular y una provocación militarista. Sus dos propuestas de tregua posteriores también pueden ser interpretadas como un reconocimiento del fracaso de su táctica de 1973. El problema es que más allá de la caracterización del momento, el mismo era sumamente complejo y, en particular, tendemos a olvidar la juventud e inexperiencia política de la gran mayoría de los cuadros guerrilleros.

Esto lleva también al planteo en torno a la dirección de las organizaciones armadas. Para muchos de los que han escrito sobre el tema (particularmente en el caso de Montoneros) las direcciones son directamente responsables de la derrota. Amorín, por ejemplo, plantea al principio de su obra que otra hubiera sido la historia de no haber accedido Firmenich al primer puesto en la conducción de Montoneros. Martin Andersen sugiere que el dirigente Montonero era un agente de los servicios de inteligencia. Ernesto González hace referencia a la “desesperación pequeño-burguesa” de Santucho. María José Moyano (1995) equipara a la guerrilla y a su dirección a una “patrulla perdida”, tergiversando la metáfora de Rodolfo Walsh. Flaskamp (2005, 105) declara que “sabemos que conducciones políticas que aislaron del pueblo a las pretendidas vanguardias contribuyeron a poner al campo popular en las peores condiciones...” Evidentemente la culpa de todo la tienen los cuadros de dirección.

Todo puede ser, pero esa individualización explica relativamente poco. Primero de todo, porque lo que queda claro en distintos testimonios es que las direcciones de las organizaciones eran legítimas y representativas de sus bases. Pero sobre todo porque una organización es mucho

más que su dirección. Suponiendo que las críticas fueran en alguna medida (o totalmente) acertadas, habría que explicar por qué tantos excelentes militantes obedecieron a direcciones poco idóneas. Una vez más la respuesta parece estar en una visión desde el hoy y la derrota. En cambio, las tácticas y estrategias de las conducciones guerrilleras eran refrendadas en la práctica. Claramente, medido en el crecimiento y en la influencia de las organizaciones, entre 1970 y 1975 estas parecían acertadas. Al mismo tiempo, estas conducciones al igual que la vasta mayoría de los militantes guerrilleros hicieron experiencia política en el mismo período de auge. No existía nada en su acervo para lidiar con retrocesos agudos o con derrotas profundas. Asimismo, los primeros cuestionamientos en el seno de las organizaciones (no así en sus frentes de masas) parecen haber surgido con alguna fuerza recién en la segunda mitad de 1975 a raíz de fracasos notables como los copamientos a Formosa y a Monte Chingolo. Recordemos que las agudas críticas de Rodolfo Walsh recién ocurren en torno al golpe de estado de 1976. Se pueden hacer críticas a Firmenich y a Santucho (de hecho, creo que es saludable hacerlo) pero tomando en cuenta el contexto histórico y político, y la propia trayectoria de sus organizaciones.

Asimismo, el supuesto autoritarismo de las conducciones guerrilleras debe ser considerado en el marco de organizaciones revolucionarias clandestinas en un contexto de lucha armada y represión. Toda organización política y toda sociedad tienen características autoritarias que permiten su supervivencia y reproducción, estableciendo parámetros de “normalidad”. La normalidad guerrillera se derivaba de su realidad y del contexto en que desarrollaban su accionar. Esto no es para excusar comportamientos particulares, sino más bien para comprender por qué la militancia de la época no los sentía como “autoritarios”.

En el fondo la crítica a las direcciones parece encerrar la acusación de que son responsables de la derrota. Yo no coincido. Creo que los primeros responsables son las Fuerzas Armadas y la burguesía que desarrollaron una represión salvaje e inédita en el país. La inexperiencia de la guerrilla hizo muy complejo encontrar respuestas adecuadas al accionar de una burguesía con un siglo y medio de experiencia en la dominación.

Pero la represión y las insuficiencias de la guerrilla por si solas, no explican por qué organizaciones grandes y poderosas desaparecieron en un año y medio de represión intensa. En mi trabajo he sugerido varias respuestas. Una me parece particularmente importante: las organizaciones se equivocaron en cuanto al nivel de conciencia revolucionaria alcanzado por el conjunto de la población. Dicho de otra forma: la combatividad no necesariamente es conciencia. La guerrilla nació en los intersticios de la relación dialéctica entre un mundo que surgía y otro que estaba desapareciendo. En las trincheras de la sociedad civil, la Argentina de 1960 era una sociedad en rápido cambio. Los efectos del peronismo y del desarrollismo se sentían en una clase obrera más organizada y económicamente mejor. Fueron los hijos de estos trabajadores y empleados que fueron enviados a la universidad con grandes esfuerzos por parte de sus familias. Para esta minoría universitaria de clase obrera, este desclasamiento hacia arriba fue un rudo despertar al encontrar un mundo que no sólo estaba lleno de injusticias, sino que contrastaba duramente con el mundo del cual venían; y, además, tenían las herramientas (conocimientos) para interpretarlos. Así, se les apareció un mundo en erupción que debía ser modificado porque era esencialmente opresivo e injusto. Y de ahí se lanzaron, por distintas vías, a la revolución. Pero, para sus padres y para la mayoría de los trabajadores la Argentina de la década de 1960 era un mundo injusto que estaba siendo cambiado y podía serlo aún más vía reformas. Lejos de ser un problema del capitalismo en sí, éste les proveía las posibilidades de mejorar. ¿O acaso no estaban enviando a los hijos a la universidad? ¿O acaso no era esa la lección dejada tanto por Perón como por Frondizi? ¿O acaso el obrero de la gran fábrica no sólo tenía su coche, sino que construía su casa y podía aspirar a establecer su taller? Para éstos el problema era que un sector minoritario, aunque poderoso obturaba el camino a más y mayores reformas. Así, si bien para los primeros el problema era sistémico para los segundos era sólo político. De ahí que cuando ambos coincidieron (1969-1973) el resultado fueron poderosas movilizaciones populares. Cuando no coincidieron (1973-1974) estas movilizaciones se realizaron en pos de las reformas y no de la revolución. Y cuando la contradicción entre ambas se

hizo aguda –y había que arriesgar unas para obtener otras– frente a la represión, el pueblo se retiró dejando a los revolucionarios solos.

Por último, se debe aclarar que no se derrotaron, sino que los derrotaron. La guerrilla cometió numerosos errores, pero la represión le impidió la posibilidad de visualizarlos en profundidad y corregirlos. No sólo no hubo tiempo, sino que fueron muertos aquellos cuadros que podían haber corregido los déficits y haber consolidado la organización. Por primera vez en la historia argentina se intentó una alternativa de poder revolucionario para la clase obrera. Pero al mismo tiempo no se logró consolidar una estructura de militantes formados. Y su debilidad se reveló cuando, a la muerte de tantos de los cuadros históricos experimentados, la formación no pudo resistir los efectos ideológicos de la derrota. La derrota fue humana, militar, política, pero, por sobre todas las cosas, ideológica. Como producto de la derrota, durante la década de 1980 muchos de los sobrevivientes se alejaron del socialismo y la revolución para adoptar posturas cada vez más nacionalistas y reformistas. Y en general estos son los que han tenido la posibilidad de escribir la historia.

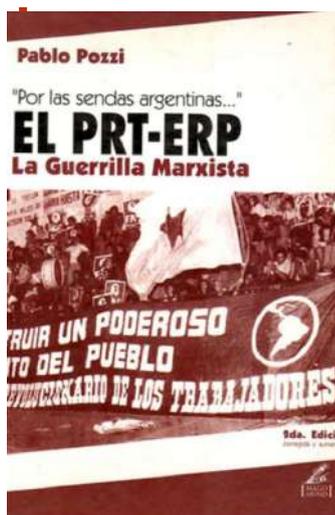
OBRAS CITADAS

- Anguita, Eduardo y Martín Caparrós (1998). *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma, 3 vols.
- Anzorena, Oscar (1988). *Tiempo de violencia y utopía*. Buenos Aires: Editorial Contrapunto.
- Bonasso, Miguel (2000). *Diario de un claudestino*. Buenos Aires: Editorial Planeta.
- Bonasso, Miguel (1997). *El presidente que no fue*. Buenos Aires: Editorial Planeta.
- Brocato, Carlos (1985). *La Argentina que quisieron*. Buenos Aires: Sudamericana-Planeta.
- Bufano, Sergio (2005). “La vida plena”. *Lucha armada* 1, (enero-febrero).
- Diana, Marta (1996). *Mujeres guerrilleras*. “Luis Mattini recuerda a las mujeres del PRT-ERP”, Buenos Aires: Editorial Planeta.

- Flaskamp, Carlos (2005). "En respuesta al artículo de Gabriel Rot". *Lucha armada* 2 (abril-mayo).
- Gasparini, Juan (1988). *Montoneros. Final de cuentas*. Buenos Aires: Puntosur.
- Gil, Germán Roberto (1989). *La izquierda peronista (1955-1974)*. Buenos Aires: CEAL.
- Gillespie, Richard (1987). *Montoneros. Soldados de Perón*. Buenos Aires: Editorial Grijalbo.
- Giussani, Pablo (1984). *Montoneros. La soberbia armada*. Buenos Aires: Sudamericana.
- González, Ernesto (1999), coordinador. *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*. Tomo 3, Vol. 1. Buenos Aires: Editorial Antídoto.
- Levenson, Gregorio y Ernesto Jauretche (1998). *Historias de la Argentina Revolucionaria*. Ediciones del Pensamiento nacional.
- Mattini, Luis (1990). *Hombres y mujeres del PRT-ERP*. Buenos Aires: Editorial Contrapunto.
- Moyano, María José (1995). *Argentina's Lost Patrol. Armed Struggle, 1969-1979*. New Haven: Yale University Press.
- Ollier, María Matilde (1986). *El fenómeno insurreccional y la cultura política (1969-1973)*. Buenos Aires: CEAL.
- Plis Sterenberg, Gustavo (2003). *Monte Chingolo*. Buenos Aires: Editorial Planeta.
- Pozzi, Pablo (2001). *El PRT-ERP. La guerrilla marxista*. Buenos Aires: Eudeba.
- Pucciarelli, Alfredo (1999), editor. *La primacía de la política*. Buenos Aires: Eudeba.
- Rot, Gabriel (2005). "El mito del Policlínico Bancario". *Lucha Armada* 1 (enero-febrero).
- Rot, Gabriel (2000). *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- Salas, Ernesto (2003). *Uturuncos. El origen de la guerrilla peronista*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Santucho, Julio (2004). *Los últimos guevaristas*. Buenos Aires: Editorial Vergara.
- Seoane, María (1991). *Todo o nada. La historia secreta y política del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*. Buenos Aires: Editorial Planeta.

Apuntes para continuar caminando “por las sendas argentinas”

Alejandra Pisani*



Reseña

Por las sendas argentinas: el PRT-ERP, la guerrilla marxista
Pablo Pozzi

Buenos Aires, Imago Mundi. 2004 (2ª edición)

Ojalá este libro sirva para que el proceso no se pierda” nos dice Pablo Pozzi al final del prefacio de “*Por las sendas argentinas...*” *El PRT-ERP. La guerrilla marxista*. En esa expresión de deseo anudan una apuesta política, un diagnóstico del proceso de lucha de clases en los setentas y una clave para comprender

el presente. Y es que uno de los principales aportes de esta obra es la recuperación crítica de la experiencia histórica de lucha del PRT-ERP como herramienta para la transformación del mundo. Esto es así no solo por su contribución a la reconstrucción de la historia de una de las

* Docente e investigadora de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Investigadora del Grupo de Trabajo CLACSO Izquierdas, praxis y transformación social 2019-2022.

principales organizaciones de la izquierda marxista de Argentina, sino también porque su mirada sobre estas cuestiones nos abre toda serie de problemas que son fundamentales para comprender el pasado y para obtener de él aprendizajes que nos permitan diseñar estrategias de lucha efectivas en la actualidad.

En este sentido la historia del PRT es, como plantea Pozzi, un prisma a través del cual observar la historia reciente Argentina, pero esto no es algo que le viene de suyo. Solo es posible mirar la historia argentina a través de la experiencia del PRT a condición de comprender, como nos enseña el autor, que esa historia forma parte de un entramado complejo de procesos sociales que es necesario desentrañar. Para ello, Pozzi realiza dos operaciones que resultan centrales: recoloca la violencia de las clases dominantes corporizadas en el Estado como un factor fundamental en análisis del conjunto de la etapa, e incorpora la subjetividad política de los trabajadores como dimensión relevante para el estudio de los procesos de surgimiento, auge y derrota del PRT-ERP. Esto le permite argumentar en contra de aquellas miradas centradas sólo en el ejercicio de la llamada “violencia política” y en la lucha armada; confrontar con las interpretaciones que caracterizaron a la guerrilla como un fenómeno casi exclusivo de sectores medios juveniles desencantados con el peronismo; desestimar las visiones que sostenían que la actividad de la guerrilla había sido la causa de la represión y del golpe de Estado de 1976; demostrar el peso específico de la inserción y el trabajo del PRT-ERP entre los trabajadores; y refutar los estudios que establecieron un abismo entre las direcciones de las organizaciones político-militares y sus bases.

Así, el recorrido realizado por el autor contribuye a mostrar que el PRT-ERP fue una expresión de la sociedad de su época, pero sobre todo desnuda ante nuestros ojos algo que las clases dominantes parecen haber comprendido hace ya varias décadas: que la politización de los sujetos es un proceso social complejo que tiene como punto de partida irremplazable la experiencia práctica de la clase. Porque es en esa experiencia donde se forjan valores, sentimientos, percepciones y pautas culturales por fuera de los cuales es posible comprender los procesos de

radicalización política ni el devenir de las organizaciones que han sido una parte fundamental de esos procesos. En otras palabras, lo que parecen haber comprendido las clases dominantes es que el PRT-ERP, al igual que otras organizaciones de izquierda de su época, fueron el emergente más visible de toda una red de prácticas mucho más difusas y menos cuantificables, pero no por ello menos importantes en el proceso de auge de lucha de clases de las décadas de 1960 y 1970.

En este marco, el movimiento desde la pregunta abstracta sobre lo correcto o incorrecto de la “línea del partido” hacia el estudio de las condiciones que hicieron posibles sus aciertos y errores es fundamental. Pozzi analiza estas condiciones en términos de la capacidad del PRT-ERP para sintetizar las percepciones y estructuras de sentimiento clasistas de los trabajadores y dar respuesta a necesidades sociales. Esto le permite tomar distancia tanto de miradas que idealizan el accionar de la organización como de aquellas que la responsabilizan de la represión posterior. Pero al mismo tiempo, el autor historiza esa capacidad del partido para interpelar los valores que conformaban el sentido común de los trabajadores, dando cuenta de las correlaciones de fuerza concretas que la han favorecido u obstaculizado. Lo cual, a su vez, abre la puerta para incorporar esos valores como una nueva dimensión para estudio de la lucha de clases.

Así, la perspectiva propuesta constituye un aporte no sólo en relación a la caracterización del PRT-ERP sino también como clave de inteligibilidad de las estrategias de dominación desplegadas por las clases dominantes. En este artículo quisiera reflexionar sobre algunos aspectos vinculados a esas transformaciones como un modo de continuar recorriendo uno de los muchos caminos que abre el libro de Pablo Pozzi.

Uno de los ejes que atraviesa el libro es la relación entre el PRT-ERP y la clase obrera. Esa relación opera como un lente través de cual el autor mira diversos procesos que hacen a la historia de la organización o,

dicho de otra manera, es el lugar en que posiciona para observar esos procesos. En cuanto al modo de conceptualizarla, Pozzi nos alerta acerca de los inconvenientes reducirla a su aspecto cuantitativo, de “medirla” exclusivamente en términos de cantidad de militantes obreros. El problema con esa perspectiva es que deja fuera del análisis procesos centrales en el desarrollo de la organización, como su posibilidad de generar simpatía y apoyo, sus diversas formas de vinculación informal con los trabajadores o su capacidad para escuchar y dirigir a distintos sectores de la clase obrera. En síntesis, para el autor la cantidad de militantes y la composición social son datos importantes a la hora de caracterizar la relación entre el PRT-ERP y la clase obrera, pero es necesario contemplar que esos datos son la expresión de un proceso más complejo que hunde sus raíces en la capacidad de la organización para interpelar las pautas culturales y estructuras de sentimiento que los trabajadores vivenciaban como “sentido común”. Así, los diferentes momentos que el Pozzi identifica respecto de la inserción del PRT-ERP entre la clase obrera, expresarían (con la complejidad y la heterogeneidad propia de cada momento) su capacidad para lograr dicha articulación. Pero su análisis muestra, además, que esa articulación no se desplegó en el vacío, sino que fue construida en el marco de correlaciones de fuerza concretas cuya comprensión requiere dar cuenta de los diversos mecanismos de dominación desplegados por las clases dominantes.

En relación a esto último, las transformaciones en las estrategias de gobierno de la lucha de clases desde, por lo menos, el golpe de Estado de 1955 parecen indicar que las clases dominantes fueron visualizando la centralidad de los valores, percepciones y pautas culturales de los sujetos en los procesos de radicalización política y, consecuentemente, fueron constituyendo a estos aspectos como blanco de intervención. Esas transformaciones son importantes porque nos permiten ahondar en algunos de los factores que Pozzi identifica como causas de la derrota del PRT-ERP, como sus problemas para traducir su inserción y prestigio en una acumulación política duradera o sus errores de diagnóstico respecto del despliegue de la conflictividad obrera a partir de 1975 y sobre el camino que las clases dominantes tomarían para hacerle frente.

Uno de los espacios donde pueden observarse las transformaciones en las estrategias de gobierno de la lucha de clases es el cuerpo reglamentario del Ejército Argentino. Las modificaciones doctrinarias expresadas en esos documentos entre fines de la década de 1960 y la segunda mitad de la de 1970 parecen indicar que aquellos valores y percepciones que, según Pozzi, operaron como un factor fundamental para el crecimiento del PRT-ERP, fueron percibidos por las clases dominantes como una amenaza, lo que las llevó a otorgarles un peso cada vez mayor en las estrategias denominadas “contrarrevolucionarias” o “antisubversivas”.

Con el derrocamiento del gobierno peronista en 1955 comienza en Argentina un proceso de renovación doctrinaria de mediana duración marcado por el abandono de la Doctrina de la Defensa Nacional¹ y la gestación de una nueva doctrina en el Ejército que tuvo como referencias a la Doctrina de la Guerra Revolucionaria y la Doctrina de la Seguridad Nacional. La nueva doctrina, que comenzó a gestarse en el marco de las protestas desarrolladas durante la resistencia peronista, estaba definida por el alineamiento internacional con el campo “occidental” en el marco del desarrollo del armamento nuclear y la guerra fría; la estructuración de la principal hipótesis de conflicto en torno a la llamada guerra revolucionaria o subversiva y la existencia de un “enemigo interno” con la consiguiente definición del rol de las Fuerzas Armadas como garantes de la seguridad interior.

Este proceso de redefinición doctrinaria, cuyo momento de aplicación masiva fue el Plan CONINTES, se expresó, por ejemplo, en el reordenamiento operacional del Ejército que preparó a las fuerzas para actuar internamente, en la aprobación de leyes de persecución al comunismo y la emergencia de organismos de inteligencia que intentaban coordinar

¹ Esta concepción, desarrollada durante el gobierno peronista estaba asentada sobre las experiencias de la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Sostenía que las guerras implicaban el compromiso del conjunto de la sociedad –y no solo de los cuerpos militares– y que el esfuerzo nacional, del Estado y de la sociedad en tal sentido debía ser integralmente planificado y dirigido desde la conducción del Estado Nacional (Sain, 2010)

los esfuerzos de todas las agencias estatales con eje en la persecución de los disidentes. Con el golpe de Estado de junio 1966 se terminará de institucionalizar el viraje en materia represiva a partir de la construcción de un verdadero andamiaje jurídico institucional que reflejaba las orientaciones de la Doctrina de Seguridad Nacional y la Doctrina militar francesa. Entre los cambios más importantes se encuentra la aprobación de la Ley de Defensa Nacional 16970 que habilitaba la intervención de las Fuerzas Armadas fronteras adentro en caso de “conmoción interior”. (Jemio, 2019).

En el marco de ese proceso, entre 1968 y 1969 el Ejército Argentino aprobó una serie de reglamentos orientados hacia organización del accionar del Ejército en el conflicto interno. Su pieza central fue el *RC-8-2 Operaciones contra Fuerzas Irregulares*, compuesto por tres tomos, que se complementaba con reglamentos para cada una de las líneas estratégicas de acción que plantea esta doctrina: operaciones de combate o militares, operaciones de seguridad, operaciones de acción cívica, operaciones psicológicas e inteligencia. Los reglamentos sintetizaron los saberes adquiridos en la implementación efectiva de prácticas represivas ligadas a la nueva doctrina militar que se estaba gestando desde 1955 y, al mismo tiempo, funcionaron como referencia del accionar militar en los años posteriores a su publicación, sobre todo en el ciclo de ascenso de la conflictividad social que se inicia a fines de la década del sesenta. En este ciclo las organizaciones armadas de izquierda tuvieron un crecimiento sostenido, de acuerdo a la información suministrada por Pozzi, para el PRT-ERP este crecimiento implicó el paso de un grado de inserción embrionario a uno extendido.

Este proceso de auge de lucha de clases y los desafíos que supuso para la acción represiva de las fuerzas de seguridad y armadas evidenciará las falencias de la nueva doctrina militar tal como estaba plasmada en los reglamentos recientemente publicados y llevará a un proceso de reformulación doctrinaria que se volverá a institucionalizar en la segunda mitad de la década de 1970. La necesidad de modificar las bases doctrinarias en función de la experiencia represiva previa apareció explícitamente formulada en Plan general de publicaciones militares de

1974/1978, donde se afirmaba que si bien el cuerpo reglamentario previo había contribuido a llenar el vacío doctrinario existente, no se ajustaba acabadamente a las necesidades y posibilidades del momento. En relación con ello consignaba, además, que en 1974 se estaba abriendo una nueva etapa que contemplaba la redacción y/o revisión de la doctrina básica de conducción de la fuerza que permitiría renovar luego el cuerpo reglamentario existente (Rostica, 2018). Un año después, aparecía el reglamento clave de esta etapa, el manual *RC-9-1 Operaciones contra elementos subversivos*, fue aprobado como proyecto en 1975 y en su versión definitiva en 1977.

La primera versión de este manual, que reemplazaba a los tres tomos del *RC-8-2 Operaciones contra Fuerzas Irregulares* publicado en 1968, fue aprobada en el marco del denominado “Operativo Independencia”, una operación militar puesta en marcha en febrero de 1975, cuando la presidente María Estela Martínez de Perón ordenó a las fuerzas armadas y de seguridad aniquilar el accionar de “elementos subversivos” en Tucumán. De este modo, aparato represivo de Estado en pleno comenzaba una política sistemática de desaparición de personas, dando inicio al proceso genocida que tendría su continuidad en la dictadura cívico-militar iniciada en marzo de 1976². Un año después, en 1977, se aprobaría la versión definitiva del *RC-9-1 Operaciones contra elementos subversivos*.

El tiempo transcurrido entre la publicación del *RC-8-2 Operaciones contra Fuerzas Irregulares* y la primera versión del *RC-9-1 Operaciones contra elementos subversivos* coincide con el periodo que Pozzi ubica como de mayor crecimiento PRT-ERP. Si bien existen puntos de contacto entre ambos manuales, las diferencias entre ellos son notables, sobre todo en relación al modo de concebir el vínculo entre lo que denominan “elementos subversivos” o “fuerzas revolucionarias” y la población. Estas diferencias, que abordaré a continuación, parecieran abonar la hipótesis que en los siete años que separan la publicación de ambos documentos,

2 Para un mayor desarrollo de las características del Operativo Independencia ver Jemio, Ana. 2021: *Tras las huellas del terror. El Operativo Independencia y el comienzo del genocidio en Argentina* (Buenos Aires: Prometeo)

la experiencia represiva permitió una acumulación de conocimiento respecto de la centralidad de los valores y percepciones que los trabajadores vivenciaban como “sentido común” en los procesos de desarrollo y crecimiento de las organizaciones de izquierda, lo cual, a su vez, habría permitido que estos aspectos fueran delineándose como blanco de las intervenciones. De modo complementario, la coincidencia temporal entre la primera publicación del *RC-9-1 Operaciones contra elementos subversivos* en 1975 y su versión definitiva en 1977 y el comienzo del declive y posterior derrota del PRT puede ser leída como un indicio de la eficacia de estas nuevas estrategias de gobierno de la lucha de clases.

El *RC-8-2 Operaciones contra Fuerzas Irregulares* es la pieza central del cuerpo reglamentario aprobado a fines de la década de 1960. El tercer tomo de este reglamento, que tomaré como objeto en este apartado, condensa los principales lineamientos doctrinarios a través de los cuales el Ejército Argentino caracterizaba a las organizaciones de izquierda revolucionaria y se preparaba para participar de lo que denominaba “guerra contrarrevolucionaria”. Esta última es caracterizada en el reglamento como una guerra defensiva del “Mundo Libre” ante el avance del comunismo. Se sostiene, además, que se trata de una de las formas de la “guerra ideológica” en la cual, a diferencia de la “guerra convencional”, no existe un frente que separe a los adversarios: el hombre en el objetivo y el instrumento de la lucha (Ejército Argentino, 1969: 1).

El documento consta de una introducción, donde se establece brevemente su objeto, carácter y alcance, y dos partes: la primera dedicada a caracterizar la llamada “guerra revolucionaria”, y la segunda, a establecer los lineamientos para la acción en la denominada “guerra contrarrevolucionaria”.

La “guerra revolucionaria” es presentada en el reglamento como ofensiva del comunismo internacional para imponer la doctrina marxista en el mundo y, por esa vía, operar “un cambio radical en todas las estructuras

y hasta en la misma concepción de la vida” (Ejército Argentino, 1969: 1). Se la caracteriza además como una guerra permanente, integral, universal y multiforme. Permanente, en tanto puede presentarse de manera abierta, adquiriendo una forma de enfrentamiento directo, pero también de manera larvada por medio de la acción psicológica sobre la población. Integral, en tres sentidos: porque apunta a una conquista exclusiva del poder y total del hombre, lo que incluye su cuerpo y su mente; porque abarca todos los campos de la vida humana (político, psicológico, social, económico y militar); y porque busca empeñar en la lucha a toda la población, sin distinción de sexo ni de edades. Y multiforme, porque sus formas de lucha no son rígidas sino que se adaptan a las características del país atacado, lo cual vuelve dificultoso reconocer inicialmente su peligro (Ejército Argentino, 1969: 2-3).

Hay dos aspectos que quisiera subrayar de esta caracterización: en primer lugar la construcción del enemigo como un agente externo a la sociedad. Ese carácter no necesariamente remite a su origen, porque el comunismo puede tener expresiones locales, sino a la negación de la pertenencia al “mundo libre” en virtud de las ideas que profesa (Jemio: 2019). En segundo lugar, la definición de sus objetivos como algo que excede a la transformación de las estructuras socioeconómicas para alcanzar a todos los aspectos de la vida humana. Ambos aspectos aparecen en el modo en que se conciben las “formas del accionar comunista”, entendidas como las técnicas empleadas por el enemigo para lograr sus objetivos. Según el reglamento, el blanco fundamental de estas técnicas es la población, que es definida al mismo tiempo como el principal objetivo a conquistar y el medio para la guerra. Es el objetivo de las fuerzas revolucionarias porque el logro del poder total requiere el apoyo incondicional de las masas populares para lo cual el comunismo deberá “subvertirla y convertirla”; y es su medio, porque el enemigo se vale de la población imponiéndole su participación activa en la lucha³.

³ Las técnicas de la “Guerra Revolucionaria” son clasificadas en “destructivas” y “constructivas” de acuerdo a sus objetivos. Las “técnicas destructivas” se desglosan en: a) Dislocación, b) Intimidación, c) Desmoralización, y d) Eliminación. Mientras que las “técnicas constructivas” se clasifican en: a) De organización, que se dividen en, i. Selección y formación básica y ii. Infiltración; b) De captación, que incluyen i. Acción psicológica; ii. Autocrítica

El punto de partida del análisis es la es la presuposición de un apoyo de la población al régimen legal que el enemigo buscará romper a través de diversos mecanismos. Así, por ejemplo, las técnicas de “dislocación”, entre las que se incluyen a las huelgas, diversos modos de “resistencias pasivas” o actos de “terrorismo selectivo”, tienen como objetivo “quebrar la estructura del cuerpo social”, lo cual supone la existencia previa de un cuerpo social cohesionado. Entre los mecanismos para lograr esa dislocación se refieren la “infiltración” de activistas en diversos grupos organizados, la “intimidación” que busca el “arrastre de las masas” y el “lavado de cerebro” que apunta a “destruir los conceptos personales, morales y políticos del hombre libre para sustituirlos por otros diametralmente opuestos mediante la inoculación de la fe comunista” (Ejército Argentino, 1969: 6-8), todo lo cual refuerza la concepción de ajenidad del enemigo respecto del cuerpo social.

Otro aspecto notorio del modo en que se caracterizan estas técnicas es el predominio de una visión pasiva de la población. Esto puede verse en la caracterización de las técnicas de “acción psicológica” donde se sostiene que “la población es generalmente indiferente” y que, “para convertirla, los comunistas utilizarán una ideología agradable a las masas explotando al máximo las llamadas contradicciones que existen en toda sociedad” (Ejército Argentino, 1969: 8), o en el modo en que se concibe la “consolidación” de las fuerzas enemigas como resultado de un proceso en que, a causa del éxito de las técnicas destructivas, la población deja de ser la “masa amorfa e inerte” que era originariamente para convertirse progresivamente en un grupo “organizado y animado” (Ejército Argentino, 1969: 10)

Esta presunción de la pasividad y el apoyo de la población a las fuerzas del orden como premisa del análisis del accionar del enemigo aparece también en la descripción de las “fases de la guerra revolucionaria”, cuya dinámica devendría del éxito de la implementación de las técnicas antes mencionadas. La primera fase consiste la organización del aparato

y iii. Lavado de cerebro y c) De desarrollo, que abarcan i. Encuadramiento y ii. Consolidación. (Ejército Argentino, 1969: 5)

revolucionario dentro de la población, cuya conformación marcaría el momento en que la guerra queda planteada abiertamente. La segunda fase se caracteriza por “desvinculación de la población con el poder legal” a partir del temor inspirado por las acciones revolucionarias, lo que lleva a la población a replegarse sobre sí misma y a no participar en la lucha del lado de las fuerzas del orden. Si las fuerzas revolucionarias tienen éxito en lograr esa desvinculación se pasa a la fase de “control de la población”, definida por el dominio físico y psicológico de la población y su encauzamiento en la dirección fijada por la revolución. Un aspecto central de esta fase es la ruptura del contacto entre las masas y los cuadros de la sociedad atacada y el comienzo de su participación en la lucha del lado de los revolucionarios. La cuarta fase se inicia con la creación de “zonas dominadas” gobernadas por los revolucionarios. Según el reglamento, la extensión de estas zonas, sumada a la existencia de condiciones favorables en el resto del país, permitirán el pasaje a una ofensiva general, tanto civil como militar, que marcará el inicio de la última fase con cuyo triunfo se logrará el reemplazo del gobierno legal por el gobierno revolucionario.

De un modo similar a lo que ocurre en la caracterización de las técnicas revolucionarias, el triunfo de las fuerzas revolucionarias queda subordinado aquí a su capacidad para desarticular el apoyo inicial de la población a las fuerzas del orden. Si bien en el reglamento aparecen algunas referencias a las condiciones sociales que favorecerían el logro de dicha desarticulación, las mismas aparecen de un modo larvado o como algo directamente creado por las fuerzas revolucionarias. Así, por ejemplo, se sostiene que “la estrategia general revolucionaria progresa creando y/o aprovechando las situaciones políticas, sociales, económicas o militares que advierte como favorables en distintas partes del mundo, explotándolas a su favor” (Ejército Argentino, 1969: 15 y 16) y que para ello las fuerzas revolucionarias se proponen “crear o acrecentar las contradicciones sociales en provecho de la lucha”, “fomentar la lucha de clases haciendo resaltar las diferencias existentes entre las mismas” y “agudizar los problemas económicos existentes o crearlos, si no existen” (Ejército Argentino, 1969: 18 y 19). Es decir, si bien el reglamento reconoce que las contradicciones sociales pueden incidir en el éxito las estrategias

del enemigo, el supuesto es que la población asume inicialmente una posición pasiva frente a esos problemas que solo podrá ser modificada a través de una intervención externa orientada a exacerbar, acrecentar o agudizar esos problemas. Esta última cuestión será uno de los principales aspectos que se verán modificados en el RC-9-1 *Operaciones contra elementos subversivos (Proyecto)*, lo cual implicará una nueva forma de concebir la inscripción de las organizaciones de izquierda en sociedad.

En 1975, el manual *RC-9-1 Operaciones contra elementos subversivos (proyecto)* reemplazó a los tres tomos del reglamento *RC-8-2 Operaciones contra fuerzas irregulares*. En su introducción se afirma que su finalidad es “establecer nuevas orientaciones y bases doctrinarias sobre la participación de la fuerza en la lucha contra la subversión, para lo cual se hace necesario reordenar y actualizar las prescripciones y la terminología en vigencia”. Se sostiene, además, que el reglamento tiene un “carácter experimental, pasible de modificaciones tendientes a su funcionamiento” y que en su elaboración “se han tenido en cuenta las experiencias recogidas en episodios nacionales que han obligado al empleo operacional de la Fuerza en distintas zonas del territorio nacional” (Ejército Argentino, 1975: I) De este modo, se reconoce explícitamente la necesidad de introducir modificaciones en la doctrina militar vigente hasta ese momento en base a la experiencia represiva desplegada en los años anteriores. Años que, según los datos aportados por Pozzi, coinciden con el período de mayor crecimiento del PRT y abarca el momento en que su inserción pasó de ser “embrionaria” a “extendida y creciente”.

Una de las innovaciones más significativas que introduce este manual respecto de los reglamentos aprobados a fines de la década de 1960 es el reemplazo del término “comunismo” por “subversión”⁴. Esto implica

⁴ Esta palabra ya figuraba en los reglamentos de 1968, pero ahí designaba una táctica, un modo de acción de las fuerzas revolucionarias. En este reglamento, en cambio, el término subversión define al enemigo (Jemio: 2019).

una nueva forma de concebir al enemigo que continúa atribuyéndole un objetivo revolucionario y una estrategia integral, pero desvincula estas nociones del concepto de guerra, que es explícitamente negado. Al mismo tiempo, la nueva concepción desancla al enemigo de la identidad política “comunista” (Jemio, 2019), extendiendo su alcance a todos aquellos que aspiran a la creación de una sociedad basada en una “escala de valores diferentes” y a “introducir modificaciones profundas en la estructura vigente” (Ejército Argentino, 1975, p. IV).

Otro cambio importante respecto del reglamento de 1969, es el modo de concebir el vínculo del enemigo con la población. La población continúa siendo ubicada en el lugar de blanco y medio de acción del enemigo, pero deja de ser caracterizada como una “masa amorfa” que a través de diversas maniobras realizadas por un agente externo se transformaría en un grupo “organizado y animado”. El punto de partida ya no es la presuposición del apoyo de la población a las fuerzas legales, por el contrario, en el manual de 1975 hay un fuerte énfasis en los procesos sociales como posibilitadores del desarrollo de la subversión. En esa dirección se afirma que “la subversión no es un fenómeno que pueda ser producido o neutralizado a voluntad por un conductor o grupo audaz, sino que cuando el proceso evoluciona, se prepara y estalla, es movido por fuerzas y favorecido por circunstancias que desbordan el campo de la voluntad humana”. (Ejército Argentino, 1975: 3 y 4) o que “sin apoyo de la población, la subversión pierde dinámica, se estabiliza, decrece y muere”. (Ejército Argentino, 1975: III).

La importancia atribuida a las condiciones sociales puede observarse en los desplazamientos en los modos de caracterizar las técnicas de la subversión respecto de la desarrollada en el reglamento de 1969. Aquí también las técnicas son clasificadas en “destructivas” y “constructivas”, pero se modifica el desglose interno y el contenido atribuido a los procedimientos que conforman esas categorías⁵. Respecto de las “técnicas

5 Las técnicas de la “Guerra Revolucionaria” son clasificadas en “destructivas” y “constructivas” de acuerdo a sus objetivos. Las “técnicas destructivas” se desglosan en: a) Dislocación, b) Intimidación, c) Desmoralización. Mientras que las “técnicas constructivas” se clasifican en: a) “Organización del aparato subversivo” que se dividen en i. captación, ii. Selección, iii. Entrenamiento, y iv. Formación; y b) “Control de la población” que incluyen: i.

destructivas”, la “dislocación” se mantiene como categoría y continúa siendo caracterizada como conjunto de “acciones destinadas a quebrar la estructura social”, lo cual daría la impresión que, al igual que en el reglamento anterior, dicho quiebre se produce exclusivamente a partir de la acción del enemigo. Pero el sentido cambia cuando se observa la caracterización de los mecanismos a través de los cuales se opera esa dislocación: se incorporan los “desórdenes callejeros”, probablemente a raíz de los aprendizajes obtenidos del ciclo de insurrecciones populares de fines de la década de 1960, y se modifica la caracterización de los blancos del “terrorismo selectivo”. Las personas “clave” que la subversión busca eliminar a través de esa técnica ya no son las “capaces de hacer comprender a la población las ventajas del orden legal” (Ejército Argentino, 1969: 6), sino como aquellas “capaces de convencer a la población de las ventajas del orden legal” (Ejército Argentino, 1975: 25). Las ventajas del orden legal no son algo dado que la población debe “comprender”, sino algo respecto de lo cual debe ser “convencida”. De modo complementario, se incluyen entre los factores que contribuyen a la dislocación de la sociedad elementos ajenos al accionar del enemigo como “la indiferencia o la ignorancia de la población y la pasividad o reticencia de las autoridades para asumir posiciones y responsabilidades claras frente al accionar subversivo” (Ejército Argentino, 1975: 25)

En cuanto a las técnicas constructivas, en el manual de 1975 hay un mayor desarrollo de las características del proceso de conformación del enemigo. El punto de partida del proceso deja de ser la selección y formación de activistas que luego se “infiltrarán” en la población para “dislocarla” y pasa a ser la “captación” de grupos sociales previamente seleccionados en función de su posible apoyo. Entre estos grupos se menciona explícitamente “grupos estudiantiles universitarios, grupos obreros y juventudes políticas” como aquellos a los cuales el enemigo dedicará su mayor esfuerzo para “seleccionar”, “entrenar” y “formar” activistas. Al mismo tiempo, se plantea que “el proceso de organización del aparato subversivo será continuo adaptándose en cada oportunidad a los requerimientos

Despliegue e infiltración; ii. Acción psicológica, iii. Ecuadramiento y iv. Consolidación (Ejército Argentino, 1975: 25-28)

de la acción presente” (Ejército Argentino, 1975: 26) lo que denota una mirada más compleja del vínculo entre las organizaciones de izquierda y la población en la cual esta última asume un papel más activo. Esto puede verse, por ejemplo en el hecho que la “infiltración”, que en el reglamento de 1968 era caracterizada como una técnica de “organización”, pasa a ser concebida como parte de los procedimientos de “control de la población”. Al mismo tiempo, se redefinen y amplían sus objetivos que ya no se reducen a la preparación de los sectores previamente seleccionados para su dislocación, sino que apuntarán a colocar hombres en puestos desde donde incidir sobre una apreciable cantidad de individuos con el objetivo subvertirlos, obtener información o realizar sabotajes. En el mismo sentido, en el manual de 1975 parecen adquirir un peso relativo mayor la dimensión “constructiva” de las técnicas empleadas por el enemigo en el análisis de sus posibilidades de desarrollo.

Las novedades respecto de importancia atribuida a las condiciones sociales, el modo de concebir a la población y el énfasis atribuido a las técnicas constructivas en el *RC-9-1 Operaciones contra elementos subversivos (proyecto)* pueden observarse también en los modos en que se caracterizan las “fases” del desarrollo de la subversión. El manual distingue tres fases en función de los objetivos planteados por la subversión y el carácter abierto o clandestino de su accionar. La Fase I, denominada “Clandestina”, es caracterizada como la más importante de las tres porque el éxito de las fases siguientes depende de ella. Tiene como objetivos “la organización y progresivo completamiento de los cuadros subversivos” y “la creación de una situación subversiva”. Esta fase engloba y reduce a la categoría de “actividades” lo que en el reglamento de 1968 eran las tres primeras fases del “desarrollo de la Guerra Revolucionaria”, al tiempo que aporta una mirada más compleja de cada una de ellas. Así, por ejemplo, el “despliegue y la infiltración” que en el RC-8-2 era el punto de partida del accionar del enemigo, aparece aquí como una actividad indisociable de la “formación y reclutamiento de cuadros” que se logra a través del “empleo sencillo y comprensible de una dialéctica que explote las situaciones de frustración existentes en la población” (Ejército Argentino, 1975: 20). De modo que si bien se mantiene la visión de la subversión como un elemento ajeno a la población, su vínculo con

ella no queda reducido a introducir desde afuera y a través del temor una ruptura con el poder legal, sino que se asienta en frustraciones existentes. En el mismo sentido, la “desvinculación de la población con las fuerzas del gobierno constituido” permanece como uno de los objetivos de la subversión, pero el repertorio de los factores que permiten operar en esa desvinculación se amplía considerablemente.

Entre esos factores se incluyen el “convencimiento” a través de la demostración de la indiferencia o incapacidad del gobierno para dar una solución adecuada a los problemas de la población o la “pasividad manifiesta, indiferencia e ignorancia (de la población) al no asumir las instituciones legales o naturales sus responsabilidades ciudadanas en la defensa del orden y tranquilidad nacional” (Ejército Argentino, 1975: 20 y 21). En consonancia con la caracterización de la subversión como un fenómeno irreductible a la voluntad de los hombres, las dificultades de las clases dominantes para construir consenso aparecen aquí como un nuevo elemento que permite comprender su desarrollo. Esto aparece expresado en la descripción de la última fase, donde se plantea que en caso que los elementos subversivos hayan alcanzado un nivel de fuerza política tal que les permita competir de igual a igual con las Fuerzas legales “deberá reconocerse que ha existido un fracaso en la conducción política, económica, social y militar de la contrasubversión” (Ejército Argentino, 1975: 23)

Este énfasis en falencias de las clases dominantes como factor explicativo del desarrollo de la subversión puede leerse en el marco de una estrategia tendiente a legitimar el golpe de Estado que tendría lugar unos meses después de la publicación de la primera versión de este documento. Pero también puede comprenderse como un indicador de la necesidad de reformular las estrategias de gobierno de la lucha de clases, habida cuenta de que el aumento de la conflictividad social y el crecimiento de las organizaciones de izquierda, entre las que se encontraba el PRT-ERP, serían indicadores de las debilidades de las estrategias desplegadas hasta ese momento. De este modo, los lineamientos doctrinarios desplegados en el manual *RC-9-1 Operaciones contra elementos subversivos (proyecto)* brevemente analizados aquí darían cuenta de

algunos de los aspectos de esa nueva estrategia, sobre todo en relación a la importancia atribuida a la modulación de los valores y percepciones de los sujetos.

Los años transcurridos desde la publicación del reglamento *RC-8-2 Operaciones contra Fuerzas Irregulares* hasta la publicación de la versión definitiva del manual *RC-9-1 Operaciones contra elementos subversivos*, coinciden casi exactamente con el período que va desde el surgimiento del PRT *El Combatiente* en 1968 hasta su derrota en 1977. El breve análisis de algunos de los aspectos que intervinieron en la reformulación doctrinaria del Ejército Argentino en esos años pareciera indicar que las clases dominantes, en el marco de la experiencia represiva que estaban desplegando, advirtieron la necesidad de reconfigurar las estrategias de gobierno de la lucha de clases otorgando una mayor importancia a la intervención sobre los modos en que los sujetos otorgaban sentido a la realidad y, además, que la derrota del PRT-ERP puede ser comprendida en el marco de ese viraje.

La centralidad que progresivamente parecen adquirir los valores y percepciones como blanco de intervención puede observarse, por ejemplo, en las diferencias existentes entre ambos reglamentos respecto de la caracterización de los factores que inciden en el desarrollo de las organizaciones de izquierda. Así, mientras que en el reglamento de 1969 el crecimiento de estas organizaciones se vinculaba fundamentalmente a su capacidad para “atacar” e “infiltrar” desde afuera a la población y, de esta manera, desvincularla del poder legal, en el manual de 1975 el desarrollo de las organizaciones de izquierda es concebido como un fenómeno más complejo en el que intervienen procesos que exceden a la voluntad humana.

Entre esos procesos, atribuye un papel fundamental a sentimientos de “frustración o insatisfacción” que puede ser nacionales o sectoriales. Lo llamativo es que según lo expresado en el manual, esos sentimientos no

devienen automáticamente de las condiciones materiales de existencia, para que existan y constituyan un terreno fértil para la “subversión, es necesario que “sean reconocidos como tales por el grupo o sector social que los experimenta”. Y para ello, a su vez, deben darse ciertas dos circunstancias: “que el grupo reconozca conscientemente un bien como deseable” y “que dicho grupo tenga consciencia, al mismo tiempo, que el hecho deseado no podrá ser alcanzado en las condiciones sociales, políticas o económicas vigentes o sea en el orden legal existente” (Ejército Argentino, 1975: 15-16). Es decir, la “subversión” sólo puede desarrollarse en la medida en que logra interpelar esos sentimientos de “frustración” e “insatisfacción” y encausarlos en una acción colectiva transformadora. Es notable como esta mirada acerca del desarrollo de las organizaciones de izquierda coincide, aunque desde un posicionamiento político y conceptual antagónico, con una de las principales hipótesis que Pozzi plantea en *“Por las sendas argentinas...” El PRT-ERP. La guerrilla marxista*, la que sostiene que desarrollo del PRT-ERP fue la expresión de la sociedad de su época o, en otras palabras, que una de las claves para comprender la historia de la organización es su capacidad para sintetizar las percepciones y estructuras de sentimiento clasistas de los trabajadores y dar respuesta a necesidades sociales.

Lo que quisiera subrayar en relación a esta coincidencia es que las transformaciones en las estrategias represivas producidas hacia mediados de la década 1970 parecieran indicar que la conclusión extraída por las clases dominantes respecto de la importancia de las percepciones, valores y sentimientos no fue sólo la necesidad de modularlos en el sentido de neutralizar su potencial disruptivo, sino, además, que dada la correlación de fuerzas existente en ese momento dicha modulación sólo podría realizarse a través del ejercicio sistemático del terror.

De este modo, el Operativo Independencia iniciado en 1975, puede leerse como un hito en ese viraje estratégico. A partir de entonces, y a lo largo de toda la dictadura militar que comenzó el 24 de marzo del año siguiente, la violencia estatal bajo la forma del secuestro y desaparición de personas apuntó no sólo a la aniquilación física de aquellos sujetos que encarnaban valores y proyectos que ponían en cuestión el orden

social, sino también a la transformación y el sometimiento de quienes quedaron vivos a través del terror que esas prácticas generaban (Feierstein, 2007; Lemkin, 2009). Esto ocurría en el mismo momento que Pozzi ubica como el punto de mayor desarrollo y comienzo de decadencia del PRT-ERT y también en el mismo momento en que se publicaba la primera versión del manual *RC-9-1 Operaciones contra elementos subversivos (proyecto)* donde se sistematizan los principales lineamientos de la doctrina militar que sustentaba dichas estrategias. De modo complementario, los dos años transcurridos entre la primera versión de este manual y la publicación de su versión definitiva en 1977, coinciden con aquellos que según Pozzi marcan el comienzo del declive que llevará al PRT-ERP a su desarticulación como organización nacional.

En este punto, creo que el estudio de las transformaciones en las estrategias de gobierno de la lucha de clases, problema sobre el que aquí he planteado apenas algunos esbozos, puede constituir un aporte a la comprensión de la derrota de los proyectos revolucionarios de las décadas de 1960 y 1970 y, en particular, del PRT-ERP. Sobre todo si ese estudio recupera los aportes de del texto de Pozzi en relación a la importancia de historizar los aciertos y errores de las organizaciones y de incorporar la subjetividad política de los trabajadores como una dimensión relevante para el análisis. De este modo, profundizar acerca de la eficacia de las estrategias de las clases dominantes orientadas a la modulación de los valores y percepciones de los sujetos puede aportar nuevos elementos a la comprensión de las dificultades del PRT-ERP para traducir su inserción y prestigio en una acumulación política duradera o al análisis de sus errores de diagnóstico respecto del despliegue de la conflictividad obrera a partir de 1975. Al mismo tiempo, la novedad que estas estrategias representaron respecto de las desplegadas hasta el momento permitiría complejizar el análisis acerca de las dificultades del partido para anticipar las consecuencias de la dictadura de 1976. La incorporación al análisis de estas cuestiones no implica, como nos plantea Pozzi, eximir de responsabilidades al PRT-ERP y a su dirección. Se trata, más bien, de sumar elementos que contribuyan a la complejización de nuestros balances sobre la organización y sobre el proceso de lucha de clases del

que formó parte, porque solo de esa manera podremos extraer de esa experiencia enseñanzas para nuestro presente.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ejército Argentino. (1969). *RC-8-2 Operaciones contra Fuerzas Irregulares Tomo III. Guerra Revolucionaria*. Buenos Aires: Instituto Geográfico Militar.
- Ejército Argentino. (1975). *RC-9-1 Operaciones contra elementos subversivos (Proyecto)*. Buenos Aires: Instituto Geográfico Militar.
- Feierstein, Daniel. (2007). *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Jemio, Ana. (2019). *El Operativo Independencia en el sur tucumano (1975-1976). Las formas de la violencia estatal en los inicios del genocidio* (Tesis de Doctorado no publicada). Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Lemkin, Raphael (2009). *El dominio del Eje en la Europa ocupada*. Buenos Aires: Prometeo y EDUNTREF.
- Pozzi, Pablo (2021) ¡Usted es comunista! Estudios sobre clase, cultura y política en la Argentina contemporánea. Buenos Aires: Prometeo
- Rostica, Julieta (2018). La transnacionalización de ideas: la escuela contrasubversiva de Argentina a Guatemala. *Diálogos Revista Electrónica*, 19(2), 170. <https://doi.org/10.15517/dre.v19i2.31140>
- Slatman, Melisa (2010). Una doctrina militar contrarrevolucionaria para la Nación Argentina. Análisis de la discursividad oficial del Ejército Argentino durante la Guerra Fría (1957-1976). En R. García Ferreira (Ed.), *Guatemala y la Guerra Fría en América Latina. 1947 – 1977*. Guatemala: CEUR-USAC.

Acerca de Montoneros y la memoria del Peronismo

Símbolos, líderes, actores

Ernesto Salas*



Reseña

Montoneros y la memoria del peronismo
Rocío Otero
Buenos Aires, Prometeo Libros (2019)

El reciente libro *Montoneros y la memoria del Peronismo. Símbolos, líderes, actores* se interna en el análisis de un aspecto poco tratado de la historia de la organización Montoneros. A partir de las representaciones y los sentidos atribuidos a los hechos de la historia del peronismo, de su memoria grupal, tiene como objetivo aportar sobre los diversos aspectos que configuran la identidad de la guerrilla peronista.

Una primera aproximación al trabajo de Rocío Otero será sobre el tipo de preguntas que habilitan su investigación y la comprobación de los

* Licenciado en Historia, Universidad de Buenos Aires. Director del Centro de Estudios Políticos y docente de la Universidad Nacional Arturo Jauretche.

cambios acaecidos entre el tiempo presente y los trabajos pioneros sobre el tema de la violencia política en el continente durante el siglo veinte.

El tiempo ha ido desdibujando las cuestiones que en un pasado no tan reciente organizaban las indagaciones históricas sobre la etapa de la lucha armada en América Latina. Los protagonistas, cargados de pasiones, antagonismos, preguntas sobre táctica y estrategia, crítica y autocrítica enmarcadas en reflexiones teóricas adecuadas al período, son fantasmas que deambulan en elucubraciones diferentes a las de muchos de los investigadores actuales.

Nuevas preguntas han reemplazado a aquellas que dieron origen a las indagaciones contemporáneas a los hechos. Estas se configuraban en torno a debates sobre la violencia política, la ideología, la trayectoria de los combatientes, los procesos dictatoriales, la construcción de cuáles tipos de alternativas socialista o nacionalista, la conciencia de clase, la identidad, el tema de las condiciones objetivas y subjetivas, las vías de la construcción de la política armada. Reflexiones derivadas las derrotas, experiencia acumulada en un fin de época.

¿Qué pasa cuando las preguntas de los actores en el pasado, el debate marco de los conflictos humanos propios de un tiempo, dejan de tener centralidad? Cuando ellas han caído en desuso para organizar y dar sentido a los conflictos de antaño en su referencia con el presente. Se me ocurre que nos damos cuenta que nos hemos hecho viejos en el momento en que podemos percibir, como participantes vivos del pasado, tanto los acontecimientos mismos y sus preguntas como el hecho de que estas hayan cambiado en el presente. Nuestros viejos debates son voces fantasmales que empiezan a partir. Es así que el pasado se convierte en una materia “objetivable”, ajena a los sentimientos de los actores que le dieron vida, materia inerte, apropiada para contestar preguntas derivadas de nuevos conflictos planteadas en este presente por generaciones posteriores. El segundo aspecto que creo relevante es la comprobación de un sesgo nostálgico de memoria en el que las representaciones sociales actuales alivian las cargas del pasado y tienden a

valorar positivamente algunos hechos que antaño formaban parte del debate de manera negativa.

En este no tan reciente campo de estudios con marco en las reflexiones entre memoria, historia e identidad se encuadra el trabajo de Rocío Otero *Montoneros y la memoria del peronismo*. No se trata de las formas en que las batallas de memoria han impactado en el presente, particularmente las memorias sociales acerca del terrorismo de Estado, sino que su aporte consiste en la relación entre el tipo de memoria con que la *guerrilla montonera* representaba el pasado peronista, con el objeto de agregar algo acerca de su identidad. En palabras de Otero: “El libro tiene por objeto examinar el rol que ocupó la memoria del peronismo en los procesos de construcción de la identidad de Montoneros, a partir del análisis de sus usos y resignificaciones de los símbolos y emblemas peronistas más importantes...” (p. 13).

En este sentido gira la correcta elección del marco teórico utilizado por la autora, que va de la memoria a las representaciones y los imaginarios sociales (Pollack, Baczko) y de estos a los procesos de identidad e identificación (Hall).

Mi primera objeción analítica es sobre la adopción del concepto “izquierda peronista” para identificar una corriente que se habría desarrollado al interior del movimiento después del derrocamiento del gobierno de Juan Domingo Perón en 1955. Mediante una cita de Omar Acha (2010)¹, Otero la define como una “corriente que incorporó al marxismo como vector de una radicalización anticapitalista que según su óptica el nacionalismo popular que había materializado el peronismo no podía lograr por sí solo”, aunque luego lo matiza con un de todas maneras “el populismo y el liderazgo de Perón siempre preponderaron sobre el marxismo”(p. 13), con lo cual más que aclarar oscurece lo que quiere afirmar acerca de la importancia de la “adopción del marxismo” como característica de su aparición. Y dado que ningún sector de las guerrillas peronistas

¹ Acha, Omar (2010), *Historia crítica de la historiografía argentina*, Vol. I “Las izquierdas en el siglo XX”, Prometeo, Buenos Aires.

se autodefinió como “izquierda” y sí como peronistas revolucionarios, luego agrega una distinción: “Mientras que la primera designa el campo ideológico y cultural que propuso esta comunión entre peronismo y marxismo, la segunda designa al conjunto de organizaciones, grupos y líderes que se identificaron en ese espacio ideológico y desarrollaron su práctica en el interior del peronismo o en sus márgenes” (p. 14).

El problema consiste en denotar el concepto “izquierda peronista” como derivado de la presencia de un quantum de “marxismo” o de las polémicas de los partidos de izquierda (PC, PS) y sus crisis en la década de los sesenta, más que como un proceso interno del propio peronismo en la etapa de su proscripción, clandestinidad y radicalización. Con lo que deja de lado la evidencia de la adopción de programas nacionalistas revolucionarios en las organizaciones del movimiento obrero peronista, la aparición temprana de experiencias de terrorismo urbano (los comandos de la resistencia peronista), las guerrillas rurales (Uturuncos, Tucumán, 1959) y la identificación con las luchas contemporáneas de liberación (Argelia, Indochina).

La nueva etapa abierta con la clandestinidad de las organizaciones populares, abrió un debate acerca de la lucha frontal por el retorno de Perón, por un lado, o la dilación hacia un futuro incierto de ese objetivo; entre “duros” y “blandos”, “combativos” y “participacionistas”. Fue Cesar Marcos, uno de los fundadores de los comandos de la resistencia peronista en 1956, de los primeros en plantear esta diferencia: el peronismo debía ser revolucionario. Lo revolucionario no es la incorporación del marxismo sino la práctica combatiente de manera prioritaria, sin que ello sea excluyente de plantearse las formas de influencia de perspectivas marxistas o de la etapa abierta con la Revolución Cubana, la guerra de Vietnam y, en general, las alternativas de la Guerra Fría en grupos del movimiento.

También resulta confuso cuando afirma que muchos de los hitos de la persecución “fueron reinterpretados en clave revolucionaria”. ¿No había sido revolucionario el peronismo hasta entonces? O, cuando fija en el ciclo de conflictos iniciado con el Cordobazo la disputa de los sentidos

entre la derecha y la izquierda del movimiento como si ello fuera una novedad que no existiera en el peronismo hasta entonces.

No se trata de un matiz conceptual entre las nociones “izquierda peronista” y “peronismo revolucionario”. El punto de partida no puede ser cuanto marxismo incorporó el peronismo. Tales concepciones pertenecen al mismo universo teórico que hace del peronismo un movimiento esencialmente de derecha desde su origen, a Perón un líder a destiempo de los movimientos autoritarios europeos vencidos en 1945 y, en general, a una falta de comprensión del fenómeno popular argentino contemporáneo. Su consecuencia es la interpretación del peronismo revolucionario como una externalidad a la dinámica del propio peronismo, una anomalía.

Volviendo al objetivo del libro, éste se estructura en el análisis de cuatro eventos de la memoria peronista y en los sentidos en que fueron representados por la organización *Montoneros* para comprender de manera más eficaz la identidad del grupo. Ellos son: 1) la movilización obrera del 17 de octubre; 2) las representaciones de la figura de Eva Perón; 3) la forma de representar a Juan Perón; 4) los sucesos de los años de proscripción (1955-1973) genéricamente conocidos como la “resistencia peronista”. Pese a la profusión de citas y la abundancia de datos para explicar cada uno de los eventos de memoria, el tratamiento de los mismos es dispar pues no repite los mismos procedimientos en cada uno de los temas.

I. El 17 de octubre: el líder, el pueblo y la lealtad montonera

Al tratar los acontecimientos del 17 de octubre, Otero compara la memoria montonera con la que sería la evocación oficial del movimiento, el tratamiento ritualizado de lo que fue denominado durante los años posteriores como el “Día de la Lealtad”. Está muy bien explicado el sentido. Para la versión “oficial”, desarrollada como evocación del origen durante los años de gobierno, en el centro de la escena se encuentra la figura de

Perón, mientras el pueblo se moviliza de manera “espontánea” y “autónoma” solo motivado por la demostración de lealtad al líder. Se resalta la unión carismática entre el conductor y las masas.

Más tarde, a partir de la clandestinidad, la proscripción y la prohibición, son varios los sectores del movimiento que reconsideran la versión oficial. La fecha se reconvierte, según Otero, en ritual de iniciación política y protesta; se funde con el recuerdo de los mártires de 1956 y con la figura del cadáver trashumante de Eva Perón, robado y desaparecido; recupera su sentido obrerista; se reinterpreta como ejemplo de procesos de liberación; a la vez que la lealtad es reconsiderada en torno a la traición de algunas cúpulas burocráticas.

O sea, Otero presenta dos memorias desarrolladas en etapas distintas del movimiento. Ello puede, entonces, contrastarse con la representación montonera. Esta coincide en algunos aspectos y se diferencia en otros, no tanto con la representación de los grupos de la resistencia sino con el acontecimiento formalizado de los años de gobierno. Lo novedoso radica en dos aspectos que se repetirán en las representaciones de la principal guerrilla peronista: el concepto de lealtad es bidireccional, del pueblo a Perón y de Perón al pueblo y el “espontaneísmo” de las masas debe ser superado por la organicidad de las vanguardias armadas.

II. Eva: en vos corría sangre montonera

En el apartado siguiente el marco analítico cambia. Cumpliendo con el itinerario trazado, debía reconstruir los sentidos de la memoria comúnmente aceptada en el movimiento para compararla con la representación montonera. Sin embargo, su interés se centra en el proyecto de Evita de formar milicias obreras para defender al gobierno y en la representación que la organización armada hizo de este hecho para su propia legitimación.

Resulta notable la ausencia de la imagen forjada institucionalmente de Evita luego de su muerte, aquella asociada a las creencias religiosas, a

la santidad, a la maternidad tradicional, a la representación por parte de los sindicatos como “La abanderada de los humildes”, “Santa Evita”, “Evita Capitana”, etc. Tampoco denota la contra imagen antiperonista: la Evita puta, la “Perona”, la Evita millonaria y falsa, etc.

Por lo que la representación montonera, que describe extensamente, se cierra sobre sí misma porque no tiene contraste ni comparación con otras memorias dentro del propio movimiento. Sus sentidos serían: el proyecto de la formación de milicias; la apropiación por parte de los Montoneros de la versión radical del peronismo encarnado en Evita; la representación de una Eva militante contrapuesta al mito angelical (al que, como vimos, alude al pasar).

III. Perón: la disyuntiva ideológica

Se trata de un fenómeno totalmente distinto a los descriptos, pues se entiende que lo que se rememora es lo que está en el pasado, pero Perón estaba vivo y lo único que remitía a una representación era su estancia lejana en Madrid, una ausencia que en cierto modo habilitaba a sus intérpretes a ejercer una suerte de imaginario del líder. De todas maneras, los Montoneros se organizan momentos antes del reforzamiento de la imagen de Perón en vistas a la salida política. Y Perón deja de ser un ausente (aunque esta ausencia haya sido relativa) para convertirse en un líder presente. Es aquí que en el trabajo de Otero, la memoria construida sobre la figura del general **no se convierte en una representación sino en una relación conflictiva** en la que los Montoneros van cambiando la imagen que expresan del líder al ritmo del enfrentamiento por las opciones tomadas por la conducción del movimiento. Finalmente, entiende bien Otero, concluyeron que la dirección de Perón resultaba incompatible con su autodefinido rol de vanguardia en el interior del movimiento, y que a diferencia de lo que pretendía Perón la vanguardia no podía disolverse.

Es así que las representaciones montoneras de la figura de Perón van variando, según Otero, desde la construcción del mito Perón después de

1955, la certeza de que Perón era un líder revolucionario dispuesto a instaurar el socialismo mediante la asunción de la violencia, a la desidealización y la justificación de sus cambios por la vejez y la influencia de su entorno. Cuando el enfrentamiento apareció como evidente (mediados de 1973), la organización volcó sus esfuerzos a diferenciar su proyecto socialista del “justicialista” de Perón; lo interpretó como un líder popular pero no revolucionario y, finalmente, luego de su muerte y ante la rechazación del gobierno de su sucesora, declaró agotada la experiencia peronista y se postuló como su superación. Finalmente, luego de 1977, comprueba un cierto retorno cuando la organización volvió a ligar la identidad peronista con la identidad montonera.

Es verdad que sin ser necesariamente memoria, resulta muy útil focalizar en la imagen que la organización construyó de la figura de Perón a través del tiempo como forma de entender los componentes de su identidad grupal. Aunque nuevamente estas representaciones no se puedan comparar con las de otros sectores del movimiento, ejercicio que queda pendiente para un futuro.

IV. De la vanguardia descamisada a la resistencia armada

En este capítulo recorre los actores tradicionales del peronismo y los surgidos luego de 1955; los “descamisados” y los nuevos de la resistencia peronista para observar los usos y resignificaciones de esas figuras por los *Montoneros*. Entre los símbolos de la identidad primigenia reconoce: la figura del descamisado, los trabajadores rurales y urbanos, la identidad entre Pueblo y Nación y los elementos doctrinarios expresados en “La Comunidad Organizada” de Perón. Luego resalta los cambios acaecidos por la clandestinidad. En este caso, los eventos representados como forma de refuerzo de la identidad peronista de los *Montoneros* son los mismos tópicos rememorados por otros sectores del movimiento de la —para todos— mítica “resistencia peronista”: la masacre de Plaza de mayo (1955), la insurrección de Juan José Valle y los fusilamientos (1956), la toma del frigorífico ‘Lisandro de la Torre’ y la insurrección del barrio

de Mataderos (1959), la guerrilla de los Uturuncos (1959/60, aunque ésta en 1970 apenas era recordada), los programas combativos del movimiento obrero (La Falda, 1957; Huerta Grande, 1962; 1° de mayo, 1968), las insurrecciones urbanas de fines de la década, particularmente el Cordobazo y la formación de una central obrera combativa (CGTA, 1968) como alternativa al sindicalismo tradicional. Todos estos eventos fueron representados por Montoneros —afirma Otero— como justificación de su propia emergencia, como parte de un proceso histórico de radicalización y de fundamentación de la vanguardia armada que ellos protagonizaban. Por otro lado, la memoria de la resistencia fue representada como una etapa de profundización de la combatividad de la clase trabajadora hacia la construcción del socialismo. Hacia el final, los mismos argumentos serán útiles para proponer la superación del peronismo y la necesidad de su reemplazo por la identidad montonera.

En todos los capítulos, salvo en el primero, cuando reconstruye la iconografía oficial del 17 de octubre, las otras memorias y representaciones de sectores diversos del peronismo se encuentran ausentes o son referencias al pasar de los acontecimientos. Aunque no deja de ser útil la mirada introspectiva para entender la identidad de *Montoneros*, la imposibilidad de comparación con otras experiencias limita la comprensión acerca de la forma en la que estos construían la memoria del pasado. Las conclusiones no serían las mismas si se pudiera comprobar que otros sectores del movimiento compartían la misma o una similar memoria del pasado. De hecho el grupo original de *Montoneros* se nutrió de una experiencia acumulada de miles de militantes peronistas que ingresaron a la organización luego de la operación armada del secuestro y fusilamiento del general Aramburu. Y estos parecen haber compartido una parte importante de esa reconstrucción de las luchas previas. Antes del surgimiento de Montoneros una rica historia de sentidos similares a los retomados por la organización habitaba amplios sectores de la militancia.

Apostillas

En todo el texto, y ello es defecto de una parte del campo académico argentino, asiste a la autora una necesidad de legitimarse con citas de autores “reconocidos”, frases sueltas con la que parece concordar sin que por ello adhiera o critique el corpus de la obra completa de esos autores, en las antípodas del pensamiento de lo que la autora parece querer reivindicar o resaltar. Es por eso que en todo el trabajo sobrevuela una suerte de eclecticismo de fuentes y autores contrapuestos. A veces no queda claro si comparte los supuestos que cita. Por ejemplo, cuando en la página 118 expresa: “Como señala Loris Zanatta, Perón abrevió en un nacionalismo de raíz latina, organicista y pre-iluminista que valoraba una vuelta a las formas comunitarias de organizaciones previas al desarrollo industrial”. O como cuando dice, en la página 174: “Como mostró Daniela Slipak, desde las páginas de esa publicación [Cristianismo y Revolución] se vinculó la violencia con la justicia; una justicia ligada a la figura del pueblo y a la pasión de la venganza, distanciada de los mecanismos formales”.

¿Considera, con Sigal y Verón, como afirma en la página 181 que “la adopción de la identidad peronista [por Montoneros] respondió únicamente a un razonamiento político en pos de movilizar una base obrera fuertemente identificada con dicho movimiento y estuvo supeditada a la ambición de esta organización de ser una vanguardia militar”? Porque esto es una simplificación del debate acerca del sujeto revolucionario y las identidades políticas.

Un párrafo más adelante me alude, diciendo que afirmo algo parecido: “Ernesto Salas sostiene, en un sentido similar, que las guerrillas peronistas resolvieron el dilema respecto de la distancia entre los deseos de las masas y su conducción, incorporando la cuestión de la identidad al integrarse ‘sin esfuerzo a una secuencia histórica, la de las luchas de los trabajadores peronistas, proponiéndose como su vanguardia” (p. 182).

La cita completa de Eliseo Verón y Silvia Sigal (siempre parcial y aislada en torno a todo el sentido de sus afirmaciones) dice:

“Recordemos en primer lugar la manera en que muchos militantes de la juventud peronista —particularmente intelectuales de izquierda durante el período inicial— construían la relación a su propio discurso, es decir la lógica estratégica que les permitía justificar su militancia peronista. Esta lógica describía la necesidad de adherir al peronismo como único acceso al universo de opciones políticas de la clase obrera. Desde la caída del gobierno peronista en 1955, el pueblo había permanecido fiel a Perón. El único modo de constituir un movimiento popular, de movilizar la base obrera a fin de reorientar, eventualmente, su identidad política, implicaba un precio: la adopción de la camiseta peronista” (Verón y Sigal, 1983: 135-136).

En mi artículo citado por Otero trato de explicar la problemática de las vanguardias armadas y, en el apartado específico, el debate de Carlos Olmedo de parte de las FAR y un grupo del ERP. Frente a la posición del grupo de Santucho de que la vuelta de Perón no era sino una maniobra para calmar los ímpetus revolucionarios de las masas, Olmedo expresaba que la experiencia histórica del pueblo era el punto de partida para la tarea revolucionaria. La diferencia con el planteo “oportunist” de Sigal y Verón acerca del “entrismo” de la izquierda en el peronismo es que la izquierda (la vieja y la nueva) consideraba a la identidad peronista de los obreros como “falsa conciencia”, mientras Olmedo (que adheriría al peronismo) la consideraba la verdadera conciencia histórica de los mismos. Lo que, de mínima, agrega un poco más de complejidad al asunto.

En el cierre, Rocío Otero concluye: “Este libro permitió mostrar que el peronismo, mucho más que una camiseta que se pusieron y se sacaron; un movimiento al cual se acercaron por puro oportunismo; o una limitación frente al componente marxista de su pensamiento político; fue para los Montoneros una experiencia histórica con la cual buscaron activamente identificarse, aun cuando posteriores lecturas políticas los hayan conducido a criticarlo e incluso a abandonarlo y aun cuando, también desde sus orígenes, hayan reivindicado otras tradiciones distintas del peronismo”. Lo cual, en varios sentidos contradice lo citado como fuente de autoridad durante el texto.

Aunque sigue marcando la exterioridad de la organización frente al peronismo, la afirmación constituye un acierto en cuanto a los motivos identitarios de una parte importante del peronismo de aquellos tiempos.

El mundo de la izquierda peronista

Marcelo Langieri*



Reseña

La Izquierda Peronista. Transitando los bordes de la revolución: 1955-1974

Germán Gil

1ª. Edición CABA. Prometeo Libros, 2019

510 p. ISBN 978-987-574-962-7

La obra de Germán Gil se integra al campo de estudios de la historia reciente y la memoria social y política, el cual se encuentra en expansión en la Argentina.

En el prólogo a la presente edición de “La Izquierda Peronista”, el autor comienza su libro señalando la inclusión de cuatrocientas páginas con relación a la primera. Este cambio, señala el autor, obedece por un lado a la disponibilidad de documentación existente, que cuando publicó la primera versión de 1989 no existía o no había modo de consultar. Por otro lado observa como otra limitación las exigencias editoriales, por razones presupuestarias, con relación a la extensión del libro. Treinta años

* Sociólogo. Investigador de los Grupos de Trabajo CLACSO “Historia oral e historia política. Estudiar la izquierda latinoamericana” 2011-2013, “Violencia y Política. Un análisis cultural de las militancias de izquierda de América Latina” 2013-2016 y “Violencia y Política. “Ser de izquierdas en América Latina ayer y hoy” 2016-2019. “Izquierdas, praxis y transformación social” 2019-2022.

después Gil, tras un arduo proceso de investigación, reelabora su trabajo contribuyendo a los debates relacionados a la izquierda peronista.

El autor, investigador del CONICET, interviene en este debate con una investigación original enmarcada en los estudios históricos y sustentada en un importante corpus de fuentes primarias y secundarias: documentos obrantes en numerosos archivos que le permitieron realizar una rigurosa revisión bibliográfica.

El libro, destinado centralmente a los estudios académicos tiene, además, como potenciales lectores a los interesados en la historia contemporánea argentina y, en especial, a la historia del peronismo combativo y de izquierda.

Importa destacar el contraste existente entre el contexto de aparición de la primera edición del libro, que como señala el autor no tenía con quien dialogar, de la presente donde existen numerosos interlocutores. Aquella investigación estaba inmersa en un clima de época que se contraponía al sentido de la mirada de Gil. Un claro ejemplo del clima existente entonces son los prólogos que intentan condicionar el sentido de obras fundamentales. Tal es el caso del libro de Richard Gillespie sobre Montoneros, que se edita con un prólogo descalificador de Félix Luna o del “Nunca Más” al que se le agrega un prólogo fundante de la teoría de los dos demonios a cargo de Tróccoli, a la sazón ministro del interior de Alfonsín.

Es así que la mayoría de las obras relativas a los años sesenta y setenta, aún cuando hicieran críticas pertinentes, terminaban impugnando globalmente esa época sin recuperar ningún aspecto de aquellas experiencias de lucha popular.

Contradiendo esta tendencia hegemónica Germán Gil realizó una investigación que le permitió comprender y explicar las lógicas de las políticas desarrolladas por las primigenias organizaciones de la izquierda peronista desde el golpe de 1955 al proceso de maduración y desarrollo organizativo vigente a mediados de los años 70.

Entre los numerosos méritos del libro se encuentra la percepción de la riqueza del fenómeno en estudio, cuestión que habilita la discusión e invita a seguir pensando las áreas de vacancia existentes. Cabe citar la advertencia del autor a sus lectoras y lectores que su trabajo no es un relato descriptivo de los personajes y organizaciones de la izquierda peronista, ello sin renunciar a citas y crónicas. Queremos subrayar aquí que el libro de Germán no es un trabajo descriptivo sino un estudio iluminado por conceptos. Se trata del trabajo de un historiador que no esconde sus preocupaciones teóricas y políticas. Dicho de otra manera, el libro expresa una forma de pensar la historia asumiendo una valoración crítica de los hechos y realizando un franco debate con las posiciones que desvalorizaron su significado e importancia. Con coraje intelectual recupera el sentido de las políticas y teorías de las y los protagonistas de la Izquierda Peronista, con mayúscula, como sugiere el autor.

Según el propio testimonio de Germán, la segunda edición retoma fragmentos que debió suprimir en la primera por cuestiones editoriales y, fundamentalmente, esta versión agrega un mayor desarrollo analítico al nutrirse documentalmente y sumar horas de investigación. Ello, en buena medida, gracias a las nuevas fuentes disponibles y a la existencia de la producción de un conjunto de investigadores e investigadoras que cuestionan abiertamente la teoría de los dos demonios y una mirada cuestionadora *in toto* del fenómeno.

El libro de Germán Gil distingue tres etapas: una etapa insurreccional (1955-1960), una etapa de reformulación ideológica (1960-1969) y una etapa de las organizaciones armadas (1969-ss.).

En un esfuerzo mayúsculo para ordenar, conceptualizar, comprender y sintetizar una realidad compleja recurre a distintas fuentes: correspondencias, entrevistas y publicaciones. En las tres etapas históricas que distingue Germán de la Izquierda Peronista podemos ver el dinamismo y la diversidad de la experiencia.

Entre los acontecimientos relacionados a la llamada etapa insurreccional sobresale, con sus limitaciones, la toma del Frigorífico Lisandro de

la Torre en enero de 1959. Una de las limitaciones era que los obreros estaban armados con cuchillos y los militares con ametralladoras. Pero como no era una guerra convencional lo significativo fue que en Mataraderos se produce un levantamiento civil contra fuerzas represivas que se visualizaban como un ejército de ocupación al cual la población resiste tirando agua hirviendo desde los balcones y realizando barricadas en las calles, entre otras acciones protagonizadas por los trabajadores del frigorífico y la militancia peronista, con apoyo de los vecinos.

Estos hechos, señala Gil, aportan a la toma de conciencia sobre el rol de los aparatos de represión del Estado, situación que será un componente político y cultural fundamental para la construcción de la Izquierda Peronista. Así, de forma espontánea se van construyendo en el peronismo nuevos espacios de organización donde se preparaban las acciones a realizar. Espacios que se constituyen como ámbitos de recomposición del peronismo. Una de las observaciones agudas sobre el período señala que es en las cocinas de las casas de los militantes y vecinos donde se realizaban las reuniones. En ellas “se recompone el peronismo”, de manera especial la Izquierda Peronista se va estructurando de forma inorgánica y clandestina.

Una característica central de la etapa insurreccional es el rechazo a las estructuras partidarias y burocráticas del Partido Peronista que había demostrado la mayor impotencia para resistir la ofensiva reaccionaria. Ello incluía el rechazo a las políticas parlamentarias. Todo ello empujó, como bien señala Gil, a los resistentes hacia la praxis concreta de las acciones insurreccionales. Quizás sea cuestionable la caracterización como apolítico de este rechazo cuando también cabe interpretarlo como una forma embrionaria de la política que se no integraba al régimen.

La etapa de reformulación ideológica (1959-1969) analiza la evolución ideológica de los cuadros, de manera especial de John Williams Cooke como baluarte de este proceso, sobre quien impacta muy profundamente la Revolución Cubana.

La combinación de la impotencia política del régimen en sus variantes “democráticas”, Frondizi, y autoritarias, Onganía, también desnudaban la impotencia de la Izquierda Peronista para articular una respuesta. La distancia ideológica entre el Lisandro de la Torre y el Cordobazo es mayor que la distancia temporal existente y esa situación será un rasgo distintivo cuya superación será la marca de fuego de la etapa posterior.

Así se van sucediendo las distintas etapas de la resistencia con el desarrollo de distintas experiencias organizativas y profundos debates ideológicos. La figura de Cooke a partir de su relación cada vez más estrecha con la revolución cubana es central en el proceso de radicalización del peronismo. Este proceso, más allá de las divisiones y el agotamiento de las experiencias realizadas significa una fuerte legitimación de la Izquierda Peronista. IP que se presenta en distintas expresiones, tales como el Movimiento Revolucionario Peronista (MRP), la Acción Revolucionaria Peronista (ARP), del Peronismo Revolucionario (PR), La CGT de los Argentinos, el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSPTM). A pesar de su importancia fundacional la profundización ideológica no alcanza para generar un movimiento alternativo con influencia de masas. El juego pendular de Perón favorece tácticamente el proceso de radicalización pero complica estratégicamente la conformación de ese espacio transformador. De todas maneras, estas experiencias son vitales para la preparación y posterior salto cualitativo de la resistencia.

Resulta interesante hacer un comentario acerca de la inicial resistencia al proceso cubano por parte del peronismo combativo. Para ello apelaremos al relato desarrollado por Guillermo Almeyra en una entrevista inédita realizada por quien suscribe y que se transcribe parcialmente a continuación como un ejemplo demostrativo del significado político de la revolución cubana para una parte del activo peronista combativo según la clase de pertenencia. Cuenta Almeyra que *“La revolución cubana impactó distinto a los obreros que a los estudiantes y a las clases medias. A los obreros al principio los confundió porque como eran peronistas y habían visto como al gobierno peronista lo derrocaban en nombre de la democracia, de la libertad creyeron que el amigo de Perón, Batista, había sido derrocado del mismo modo. Tanto es así que los obreros rechazaron*

al principio la revolución cubana creyendo que eran gorilas. Cuando vino una delegación cubana acá, el primer país que visitó la delegación fue la Argentina, no pudo pasar por la Gral. Paz porque los apedrearon. Me acuerdo haber discutido en ese momento con Dorticós, haberle dicho: “mire la gente que los apedrea a ustedes son sus amigos y la gente que los recibe (el PC y el gobierno) y que los aplaude, son sus enemigos. Entonces pónganse en contacto con estos que los están apedreando, explíquenles su revolución y no se vayan con de estos tipos”. Pero después los trabajadores empezaron a ver de que no era así, que fusilaban a los torturadores, a los canas, que se tomaban medidas revolucionarias y fueron ganando confianza”.

Como bien señala Gil tanto la revolución cubana, como la muerte del Che, tienen un extraordinario impacto en la izquierda en general y en la izquierda peronista en particular y contribuyen significativamente a la conformación de una subjetividad política que guarda una afinidad profunda con las ideas de izquierda. Como señala Germán la Segunda Resistencia requiere para visibilizarse de revolucionarios profesionales. Ello implica una ampliación cualitativa y una disminución cuantitativa de la militancia respecto de la primera resistencia.

La categoría “Izquierda Peronista”, como la utiliza Germán Gil, resulta maleable y permite dar cuenta de una cuestión compleja y cambiante cuyos rasgos distintivos irán cambiando de acuerdo a las distintas coyunturas políticas y las diferentes experiencias militantes acontecidas entre 1955 y 1974, que es el corte temporal que realiza el libro.

La conceptualización de la Izquierda Peronista permite al autor explicar las distintas etapas del fenómeno de radicalización, con sus características propias, encontrando un hilo conductor que a la vez que las diferencia las unifica conceptualmente y permite señalar los cortes y continuidades. Ello, además de ser propio del fenómeno, está en relación con la realidad de la izquierda en su totalidad. Este es un señalamiento fundamental para comprender la época y la riqueza del conjunto de experiencias que caracterizan aquel tránsito compartido con otras expresiones de la izquierda por los bordes de la revolución.

Gil reconstruye analíticamente el complejo y diverso cuadro de la Izquierda Peronista relacionando experiencias, tomando los puntos en común y las disidencias que, a pesar de todo, podían encuadrarse bajo ese paraguas. Este trabajo no puede limitarse a una historia de las organizaciones, pero tampoco omite las referencias necesarias para la explicación de los hechos.

En la etapa de las organizaciones armadas (1969 y ss.) la referencia central es la del Cordobazo, que tiene como principal característica la deslegitimación del régimen a nivel de masas. Era, como bien señala Gil, el principio del fin. Se cerraba la posibilidad de integración al sistema del peronismo y se producía la apertura de una perspectiva revolucionaria. La guerra civil revolucionaria pasaba a integrar el menú de opciones políticas, aunque se arrastraran fracasos e intentos previos de gran importancia política y escaso desarrollo militar, como son los casos de Taco Ralo y de Uturuncos. Descartada la vía insurreccional surgía como alternativa una política de vanguardia que rápidamente fue desbordada por el movimiento de masas que acumuló un extraordinario prestigio político.

En Córdoba faltó la vanguardia del pueblo por ello la estrategia y los objetivos primarios y secundarios de las organizaciones armadas del peronismo, y de las organizaciones revolucionarias en su conjunto, fue darle un sentido estratégico a las luchas populares orientándolas hacia la toma del poder. Frente a la proliferación de organizaciones, tanto de la izquierda peronista como de la izquierda no peronista, se produce un proceso de concentración organizativa en Montoneros y en el ERP, que hegemonizaron el espacio revolucionario. Sin pretender agotar la explicación del fenómeno es mencionable que una de las razones de este fenómeno es la eficacia operativa expresada por ambas organizaciones. También es señalable, de manera especial en el peronismo, que el proceso de confluencia entre grupos y organizaciones se produjo sin haber completado un proceso de reformulación ideológica, sin que se realizara un proceso de maduración de los acuerdos. En ambos casos, previamente, se había dado un proceso de ruptura radical con la izquierda tradicional.

Un aspecto relevante del análisis es el de problematizar claves de lectura consagradas, como la desviación militarista y la militarización organizativa para pensar a las organizaciones armadas. Esta “reedición” no solamente incluyó documentos que potenciaron las conceptualizaciones realizadas, sino que avanzó en pensar críticamente las distintas etapas.

En las conclusiones del libro se señala con claridad que la Izquierda Peronista fue el producto de la “legitimidad proscriptiva” que los sectores reaccionarios de la sociedad argentina impusieron como realidad política y que ello dio lugar a una reconfiguración de la experiencia del peronismo en una versión más radicalizada. Además, esta “legitimidad proscriptiva” proporcionó una bandera política en el retorno de Perón, situación que lo transformó en una categoría proteica y movilizadora.

La interpretación y reivindicación de esta situación por parte de la Izquierda Peronista permitió la peronización de amplios sectores sociales y la radicalización de la lucha política. El problema que se le presenta a la Izquierda Peronista con relación a la vuelta de Perón y su postulación como candidato a presidente, se reduce en el libro a una dimensión ideológica. Puede interpretarse que también contiene una contradicción política dada la re caracterización que Montoneros realiza de la figura de Perón, donde asume las diferencias políticas e ideológicas existentes. Esta situación, de gran complejidad, condiciona de manera especial la relación de Montoneros con Perón, dado que los sectores alternativos, que entonces eran minoritarios dentro de la IP, ya habían tomado distancia con el liderazgo de Perón.

Es importante la observación acerca del rol secundario de la clase obrera en el antagonismo descripto y que la relación de la misma con la Izquierda Peronista es un tema que el libro no desarrolla y que se señala como un área de vacancia de la investigación.

Uno de los grandes temas que se aborda en el estudio es el de la violencia. Sobre cómo pensar los actos de violencia en el sentido de la acción comunicativa habermasiana, es decir de su inteligibilidad, sobre la comprensión y significado de los hechos armados. El ejemplo típico es el del

Aramburazo, que se explicaba por si mismo y proveía de identidad a sus autores más allá de las interpretaciones de los sectores “aperturistas” de la dictadura que lo veían como un acto conspirativo que consolidaba el fracaso político del onganato. Resulta productivo el señalamiento de la violencia como acción comunicativa.

Resulta oportuno citar las observaciones de Gil en el sentido de considerar a los grupos armados de la Izquierda Peronista, en sus distintas variaciones, no como sujetos unitarios del proceso de comunicación sino como colectivos donde la violencia se resignifica y se legitima.

Otro concepto destacable utilizado en el libro es el de la inteligibilidad remota, es decir aquellos hechos que hacían a la conformación estratégica de las organizaciones y que no eran visualizados masivamente. Situación que caracterizó buena parte del accionar de la IP, en especial de Montoneros. Es decir, la producción de un distanciamiento entre los medios y los fines de la praxis de las organizaciones, situación que, como señala el autor, hace más ininteligibles las acciones encaradas y somete el accionar a un estrategismo alejado de las reivindicaciones del conjunto. Se trata, como también señala el libro, de la ausencia de una síntesis entre la practica social y las acciones de vanguardia.

Resulta de gran interés la asimilación que el autor realiza entre el verticalismo, fruto de la idea de lealtad a Perón, como forma de obturar cualquier relación de crítica y horizontalidad, con el verticalismo practicado por la Izquierda Peronista. El caso paradigmático es el de Montoneros donde el verticalismo se enseñoró de la práctica política de la organización. Si bien el proceso represivo contribuyó a alimentar las dificultades para el funcionamiento democrático, la ausencia de debates y discusiones que permitieran sintetizar las posiciones internas existentes, sin duda de gran riqueza, no hicieron más que consolidar una tendencia dominante en la práctica de la organización. Los conflictos y disidencias de los años 79 y 80 tienen sus raíces en los procesos conflictivos de las columnas Norte y La Plata previos al golpe militar, que fueron clausurados por las acciones represivas y por la tendencia a profundizar la obturación de los canales de diálogo existentes.

Resulta aguda la observación que en alguna medida Montoneros es la organización armada más peronista y que mejor reprodujo en su interior las contradicciones del Movimiento.

El libro contiene tres Anexos en los cuales reproduce documentos relacionados a las diferentes vertientes de la Izquierda Peronista. De alguna manera es una forma de darle un doble final al libro.

En el primer anexo se incluyen tres documentos históricos de la IP: uno de las FAP, otro de Montoneros y el restante del Peronismo de base. De Envar El Kadre, Dardo Cabo y de Negro Pueblo (Revista Militancia) respectivamente.

El anexo II contiene un análisis de algunas de las fuentes secundarias. En él se trabaja y polemiza con distintos autores que han trabajado sobre el tema. En una introducción se periodiza la bibliografía poniendo de manifiesto los distintos abordajes del tema. Entre los autores y obras con las que se polemiza se encuentran los trabajos de: Soriano, Pablo Giusssani, Waldmann, Claudia Hilb, Daniel Lutzky, María Matilde Ollier, Gillespie, Marín, Sebrelí, O Donnell y Bonasso, entre otros.

El tercer anexo refiere a la “violencia en manos del pueblo...” donde se describe como se ha intentado abordar el problema de la representatividad social alcanzado por las praxis político-militares de las organizaciones armadas en la Argentina de los años 70.

En síntesis, el libro de Germán Gil constituye una contribución original al campo de estudio de la historia reciente. Articula múltiples fuentes, propone interpretaciones novedosas, asume el desafío de analizar las dimensiones y la racionalidad represiva, las respuestas de los actores y sus memorias. Por los interrogantes que abre la obra es una rica invitación al debate.

La investigación de Germán nos permite comprender un fenómeno complejo no exento de contradicciones. Contradicciones en el seno de las mismas organizaciones y tendencias. Por ejemplo las discusiones, rupturas, reagrupamientos sobre ejes tales como el basismo, el

movimientismo, el alternativismo y de la caracterización del rol de Perón.

Estamos frente a un libro que ahonda en la concepción de una cultura política. Porque como se señala es tan importante conocer las fechas y los hitos como conocer los modos en que se pensaban aquellos actores. Es una sistematización y análisis de la cultura política de la Izquierda Peronista que Germán ordena conceptualizando la realidad y no conceptualizando conceptos.

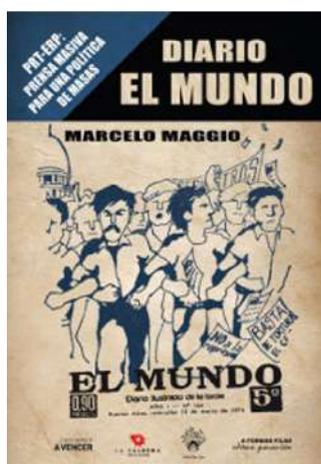
El libro también aporta a clarificar que la violencia ejercida desde el Estado no es equiparable a ninguna otra forma de violencia, contribuyendo a cuestionar una matriz interpretativa que desvaloriza un fenómeno popular de gran trascendencia en la historia argentina.

La teoría de los dos demonios, aún vigente, implica obturar la posibilidad de comprender lo que ocurrió en el pasado reciente. Dicho de otro modo, avanzar en el conocimiento de las experiencias armadas es también hacer pedagogía respecto del terrorismo de Estado, que no es, bajo ningún punto de vista, equiparable a ninguna otra forma de violencia proveniente de la sociedad civil.

Buenos Aires, octubre de 2021

EL PRT-ERP y el diario El Mundo

Pablo A. Pozzi*



Reseña

PRT-ERP: Prensa Masiva para una Política de Masas. Diario El Mundo
Marcelo Maggio
Buenos Aires: Cooperativa Gráfica El Río Suena, 2012
197 páginas, con apéndice documental

Lo que se ha escrito sobre la historia de la guerrilla argentina tiende a contar con poca investigación, muchas anécdotas, y una cantidad de prejuicios que obturan la comprensión de lo que fue un fenómeno vasto y muy complejo. Por eso la obra de Marcelo Maggio, al igual que la de Lisandro Silva Mariños sobre el FAS, es más que bienvenida: porque es una investigación cuidadosa, que apunta a la reflexión, y evita muchos de los lugares comunes en torno a los “setentistas”. Esto es aún más notable porque proviene del ámbito militante, y no sólo académico/intelectual.

Maggio analiza lo que denomina “una prensa masiva para una política de masas”, o sea lo que fue el diario *El Mundo* en su última etapa, cuando

* Investigador de los Grupos de Trabajo CLACSO “Historia oral e historia política. Estudiar la izquierda latinoamericana” 2011-2013, “Violencia y Política. Un análisis cultural de las militancias de izquierda de América Latina” 2013-2016 y “Violencia y Política. “Ser de izquierdas en América Latina ayer y hoy” 2016-2019. “Izquierdas, praxis y transformación social” 2019-2022.

fue comprado por el PRT-ERP. Su obra se basa en diversas fuentes y, en particular, en entrevistas a varios de los periodistas (y algunos militantes) que se desempeñaron en el periódico, en los boletines internos del PRT (cedidos por Daniel De Santis), y en la colección completa de *El Mundo* que le facilitó Norberto Villar.

El Mundo fue publicado por el PRT-ERP entre agosto de 1973 y marzo de 1974, o sea tuvo 164 números que salieron durante escasos ocho meses. ¿Por qué su corta vida amerita que alguien escriba un libro al respecto? La respuesta más obvia (y superficial) es que fue un diario orientado por la guerrilla que logró vender 150 mil ejemplares todos los días. La relevancia de esto debería quedar clara si consideramos que hoy en día solo el diario *Clarín* supera esa cifra, mientras que en su época el mucho más conocido periódico *Noticias*, orientado por Montoneros, vendía 20% menos ejemplares. Pero el caso de *El Mundo* revela muchas más cosas, y Maggio las profundiza en forma reflexiva e interesante.

Lo principal que hay que señalar es que la visión más común sobre las organizaciones armadas de 1966 a 1976 es la difundida tanto por sus enemigos, fueran estos liberales, socialdemócratas o la izquierda trotskista y comunista. El eje de esa perspectiva (en general con escasa investigación como sustento) es que la guerrilla fue una variación argentina del “foquismo”, con escaso o nulo peso de masas, y con una política que no trascendía el uso de la violencia indiscriminada, el “culto a la muerte”, y un aventurerismo basado en lo que Ernesto González denominó “la desesperación pequeñoburguesa”. Maggio claramente se enfrenta, con altura y seriedad, a estas visiones que adeudan más a los prejuicios políticos que al conocimiento en sí.

En este sentido, el estudio de Maggio se centra en tres aspectos interrelacionados. El primero es la política de masas del PRT-ERP, dentro de la cual *El Mundo* era una herramienta importante. El segundo es el tema de las alianzas y la construcción de un frente político, a partir de acuerdos puntuales y de la cooperación en tareas conjuntas entre militantes de diversas fuerzas. Y lo tercero es que *El Mundo* logra disputar un espacio periodístico, si bien por un período corto, a la prensa burguesa. Todo

esto no se realizó sin tensiones, problemas e incomprendiones, y una de las fortalezas de este estudio es que no evita lidiar con ellas.

En cuanto al primer aspecto, Maggio deja clarísimo que el eje central de la política del PRT-ERP no era tanto el aspecto militar sino, más bien, ganar “el corazón y la mente” de las masas. En ese sentido, el PRT dispuso de militantes y recursos notables (sobre todo en relación con otros frentes) para la construcción y desarrollo de *El Mundo*. Al mismo tiempo, su política diferencia claramente entre lo que es un periódico “del partido” y la prensa “de masas”: el lenguaje, los contenidos, y hasta la diagramación son distintos. Así, el diario se construye en base a la profesionalización, o sea con periodistas profesionales, y no simplemente con militantes destacados en esa área. Pero un elemento fundamental a la concepción del diario es el “enmascaramiento”, aspecto que Maggio analiza en detalle.

El enmascaramiento es una política por la cual *El Mundo* no debía ser visto, ni percibido, como un periódico del PRT-ERP, no solo para protegerlo de la represión sino para poder contactar con los sectores más amplios de los que simplemente simpatizaban con la guerrilla. El concepto es interesante, pero creo que Maggio podría haber profundizado aún más las virtudes y los límites de su planteo. Por un lado, el enmascaramiento claramente no funcionó como protección frente a la represión dado que casi desde su inicio el periódico sufrió agresiones, atentados, y cierres. Esto Maggio lo señala bien. Al mismo tiempo, mi propio recuerdo de la época es que en la calle más o menos todos (o casi) sabíamos que *El Mundo* era un periódico “guerrillero”; como sabíamos de *Noticias* como prensa de Montoneros, y pensábamos del periódico *Córdoba* podía ser el ERP (que no lo era, pero cuyo dueño estaba dispuesto a publicar las solicitadas de la guerrilla a cambio de suculentos honorarios). Y este es un aspecto por demás interesante: si el enmascaramiento no fue muy exitoso, y si *El Mundo* vendía 150 mil ejemplares, y *Noticias* 120 mil, entonces el peso y la influencia de masas de la guerrilla fue infinitamente mayor de lo que han considerado buena parte de los historiadores actuales. Más aun, Maggio refleja bien la problemática y las tensiones periodísticas entre “el enmascaramiento” y la militancia del PRT en el

diario cuya tendencia era a publicar notas muy favorables a la guerrilla. Evidentemente, y a juzgar por la cifra de ejemplares vendidos, estas tensiones parecen no haber espantado a los lectores; aunque, por supuesto, es factible que, sin ellas, *El Mundo* hubiera llegado a un público muchísimo mayor.

El segundo punto es también importante. *El Mundo* reflejó la política frentista del PRT-ERP. Esto no solo porque incluyó a gente de diversas organizaciones que se encontraban en el FAS, sino porque incorporó una cantidad importante de periodistas vinculados al Partido Comunista. Esto último es notable y llama a la reflexión. ¿Esto se debió a que la política del PRT de acercamiento de la base del PCA fue exitosa? ¿O se debía a que el PCA no estaba tan cerrado a colaborar con el PRT como hemos pensado? La dirección del PCA fue siempre muy crítica de la guerrilla y del PRT en particular. La participación de periodistas comunistas en *El Mundo*, ¿revela contradicciones internas o simplemente que algunos de los afiliados comunistas tenían independencia de criterio? En el caso sindical, hubo varios casos de colaboración entre comunistas y guerrilleros, donde los primeros “no damos cuenta a la dirección”. Por supuesto, también puede haber sido simplemente un intento del PC para aprovechar espacios que le brindaban otras organizaciones. Este es un tema por demás interesante, en el cual la investigación de Maggio sugiere nuevas perspectivas que deberán ser indagadas. Y ojalá algún día los viejos cuadros del PCA se decidan a contar su versión de la historia, más allá de la historia oficial del propio partido.

Maggio relata en forma acabada los problemas para desarrollar la política frentista en el periódico, y que tenía que ver con las tensiones entre la militancia del PRT y la de otras fuerzas (en particular los comunistas) en el periódico. La imagen que emerge es que ni unos ni otros eran un conjunto homogéneo, y que la política del PRT era comprendida de forma muy variada por su militancia. Para unos *El Mundo* era simplemente un empleo, deseable por ser de izquierda, o sea una forma de ganarse la vida. La impresión que queda es que, para éstos, era indistinto trabajar en *El Mundo* o en el proyecto “progresista” de Jacobo Timerman en el diario *La Opinión*. Para otros, *El Mundo* se financiaba “con la sangre de

los combatientes”. En el medio, tratando de reconciliar a todas las partes en lo que debía ser un periódico “de masas” y frentista, estaban militantes del PRT como Manuel Gaggero. La diferencia entre éstos y algunos de sus compañeros era, sobre todo, de experiencia política. Lo que emerge de la investigación de Maggio es que la política del PRT estaba más avanzada que la capacidad de sus militantes para entenderla y llevarla a cabo. Esto no es una crítica sino simplemente reconocer la juventud (generacional y política) de buena parte de la militancia “setentista”. Al mismo tiempo, *El Mundo* lo que permite visualizar es la complejidad de la visión de Mario Roberto Santucho y la conducción del PRT-ERP, que fue muchísimo más allá de la mera caricatura, tan de moda el día de hoy, de la guerrilla como un grupo de jóvenes estudiantes “foquistas” y aventureros.

El último aspecto de importancia tiene que ver con que *El Mundo* fue una empresa periodística exitosa, si bien siempre perdió plata en lo comercial. Su éxito se infiere de los miles de ejemplares que circulaban y de los testimonios que Maggio recoge que relatan cómo era esperado y referenciado. Al mismo tiempo, queda claro que para el gobierno peronista y para las fuerzas represivas, y la derecha en general, *El Mundo* representaba un peligro en ciernes. De ahí el alto nivel de agresión que sufrió el periódico y sus periodistas. Nunca sabremos si *El Mundo* se podría o no haber convertido en una alternativa a la prensa burguesa. Lo que sí sabemos es que las fuerzas represivas lo creyeron posible. He aquí un elemento central en la lucha de clases: la burguesía no sólo reclama para sí el monopolio de la fuerza, la definición de la legalidad, sino también el control de la información. Para ella era tan peligroso *El Mundo* como el FAS, el Movimiento Sindical de Base o la Compañía de Monte “Ramón Rosa Jiménez”. La represión tuvo muy en claro que el PRT-ERP no representó nunca una forma autóctona de “foquismo”, sino un desafío revolucionario de alta complejidad que logró articular y desarrollar las más variadas formas de lucha.

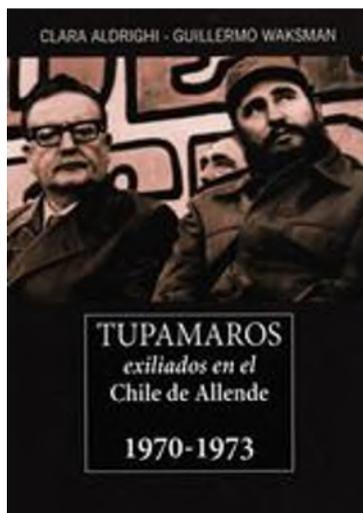
En este sentido, el PRT-ERP fue una organización cuya concepción amplia (y compleja) de la propaganda se plasmó en su prensa. Basta ver revistas como *Nuevo Hombre* y *Posición*, o las diferencias entre el

periódico partidario (*El Combatiente*) y el del ERP (*Estrella Roja*) para ver que cada uno se dirigía un sector distinto, y que tenía identidad propia. *El Mundo* es, quizás, uno de los ejemplos más logrados, en Argentina, de lo que Maggio denomina “prensa de masas para una política de masas”.

La historia de *El Mundo* brinda un ejemplo a seguir por la prensa de izquierda hoy en día, que tiende a ser más partidaria que frentista, más dirigida al mundillo de la izquierda que a las masas en general. La importancia del estudio de Maggio es que deja lecciones para las fuerzas revolucionarias el día de hoy: una de las trabas al desarrollo de estas es que la represión cortó el puente histórico a la experiencia y el conocimiento. Eso ha dificultado aprender de los errores y los aciertos. Maggio contribuye a ir saldando esa ruptura, en lo que se puede denominar una buena obra de “historia militante”.

Los Tupamaros en su exilio chileno

Alejandro Falco*



Reseña

Tupamaros exiliados en el Chile de Allende, 1970-1973
Clara Aldrighi y Guillermo Waksman
Montevideo: Sin editorial, 2015

De todas las organizaciones político militares de América Latina, el Movimiento de Liberación Nacional – Tupamaros, presentó ciertas particularidades que no pasaron desapercibidas para quienes acometieron la tarea de investigarla. Si bien estuvo influenciada, como sus contemporáneas, por

la impronta de la Revolución Cubana, los procesos de descolonización en Asia y África y la guerra de Vietnam, sus prácticas e ideología abrevaron también, profundamente, en las tradiciones políticas y culturales del Uruguay de la época. Sin dudas un hito en la historia de la República Oriental (y en la del propio MLN) fue la sindicalización y movilización, a partir de 1961, de los trabajadores azucareros del departamento de Bella Unión (al norte del país, en la frontera con Brasil y Argentina) a través de la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas, en la que tuvo no poca

* Historiador. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

importancia Raúl Sendic, uno de los principales dirigentes históricos de Tupamaros. Cinco masivas marchas de los “peludos” (mote que se pretendió despectivo para con estos trabajadores rurales) organizadas por la UTAA (1962, 1964, 1965, 1968 y 1971), latinoamericanizaron la protesta obrera, en la pretendida “Suiza de Sudamérica”. A caballo de esta gran movilización y de una crisis económica que despuntaba por lo menos desde mediados de los cincuenta, el MLN empezó a desarrollar su militancia armada y de base. Si bien la ideología de la organización puede cobijarse en un marxismo poroso, de amplias fronteras, en sus orígenes se encuentran también elementos del batllismo histórico, del anarquismo, del socialismo reformista y del nacionalismo blanco de Aparicio Saravia, caudillo que encabezó, en la Banda Oriental, la última rebelión de estilo federal rioplatense decimonónico, en 1904. Esta combinación de tradiciones, aupadas en un particular nacionalismo popular, se ensortijaban y reflejaban también en el hecho de que si bien los *tupas* eran solidarios con todas las luchas “libertarias y antiimperialistas”, guardaban un celoso independentismo, sin responder a internacional alguna o eje externo al Uruguay, por lo menos en sus orígenes. El escenario se completaba con una gran valoración de la praxis como elemento superador de las contradicciones. En palabras de Sendic “las acciones nos unen, las palabras nos separan”.

Los *tupas* desarrollaron, por lo menos hasta fines de los sesenta, una forma de violencia revolucionaria, que algunos autores, con una dosis no menor de audacia y entusiasmo han denominado “violencia cortés”. Una violencia romántica y *robinhoodesca* que supuestamente se preocupaba más por la vida del enemigo que por la de los propios, imagen que sedujo a no pocos (*New York Times* incluido).¹ Robos, fugas (sin duda una de las más importantes de las guerrillas continentales: la del Penal de Punta Carretas, más de cien *tupas* se escapan de dicha cárcel en 1971) y secuestros espectaculares (como el del agente de la CIA Dan

¹ “Ni ‘guerrilla’ entonces, ni ‘guerra abierta’, ni siquiera siempre ‘lucha armada’, sino, más bien, ‘lucha con armas’, la acción concreta del movimiento tupamaro no carece de rasgos que la peculiarizan enérgicamente”. Real de Azúa, Carlos. *Partidos, política y poder en el Uruguay*. Montevideo: Universidad de la República, Facultad de Humanidades y Ciencias, 1988.

Mitrione, inmortalizado por Costa Gavras en su película *Estado de Sitio*), formaban parte del menú que Tupamaros sirvió durante la segunda mitad de los sesenta y principios de los setenta. Sin entrar en debate sobre qué tanto está imagen de guerrilla *caballeresca*, puede dar cuenta de la experiencia del MLN, lo cierto es que los aparatos represivos del Estado uruguayo (policía y fuerzas armadas), hicieron caso omiso de la caballerosidad y aplicaron sobre la organización todo su poder de fuego. Los gobiernos colorados de Jorge Pacheco Areco (1967-1972) y Juan María Bordaberry (desembocando este último en una dictadura militar abierta, que duró desde 1973 hasta 1985) aplicaron contra la guerrilla oriental todo el stock de la contrainsurgencia, que creemos innecesario detallar aquí, para hacerlo luego contra la izquierda no armada y el resto de los políticos opositores.

Nuestro libro de marras, narra, con una prosa más cercana al periodismo que a la historiografía académica (lo que no es una desventaja, todo lo contrario), el período de declinación y derrota de la organización, en tanto entre 1970 y 1972 esta pierde, en el combate o la cárcel, a casi todos sus cuadros dirigentes y a muchísimos militantes. La experiencia chilena de Allende, la “vía pacífica al socialismo”, le brinda a la militancia tupamara, entonces, una vía de escape cercana desde donde, en teoría, reorganizarse para volver al combate en el Uruguay. Centenares de militantes se refugiaron en Chile con el beneplácito del gobierno allendista y con esta expectativa.

Sin olvidar el contexto de historia regional, el libro analiza esta experiencia de exilio en esa momentánea capital latinoamericana de la revolución, tal como era vista la Santiago de esa época y los vínculos del MLN con los diversos partidos de la Unidad Popular de Allende, en especial la afinidad establecida con el sector de izquierda del socialismo chileno y el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionario) de Miguel Enríquez, organización que también planteaba abiertamente la vía armada. En el revés de la trama, aparece la oposición del Partido Comunista de Chile,

el otro socio importante de la coalición.² En este derrotero, la militancia *tupa* llega con la esperanza de reconstruir fuerzas para volver a la lucha en Uruguay. Por más de dos años brinda a sus pares chilenos sus conocimientos y desarrollos en la lucha clandestina (berretines, autos modificados para transportar armas, comunicación). Constata en 1973 que la derrota en tierra propia será larga e intenta participar de la resistencia al golpe de Pinochet junto a sus camaradas chilenos (a pesar de que las esperanzas de éxito al golpe pinochetista son pocas), algunos son desaparecidos y asesinados allí o van a parar al luctuoso Estadio Nacional, para terminar reexiliándose (los sobrevivientes) primero en la Argentina y luego en Europa o México. La vida privada, las disidencias entre bases y dirigentes (el acceso a mayores recursos económicos de los segundos, las penurias materiales de los militantes rasos), el qué hacer con un gobierno que por un lado brinda apoyo, pero por otro pide perfil bajo porque está jaqueado³ y el exilio como pérdida de referencia, son temas desarrollados por el libro, en base a una gran cantidad de testimonios orales y documentos (ambos organizados en un anexo cuantioso al final). Esto parece ser un sino que sobrevuela la obra y que puede aplicarse a otras organizaciones similares del Cono Sur: la derrota, la lejanía de la sociedad de la cual surgieron y les dio sentido y el exilio, agranda las miserias, las discrepancias, las rupturas, los análisis disparatados y las decisiones erradas.

El derrotero chileno (prolegómeno del fin) transforma al MLN: deja de ser una organización “peculiar, a la uruguaya”, provinciana (del *paisito*), para internacionalizarse y pasar a apoyarse primero en Cuba (desdiciendo en

2 Durante los años sesenta y setenta, los partidos comunistas prosoviéticos, si bien se declaraban partidarios de la Revolución Cubana y admiradores de Guevara, adversaron profusamente con las guerrillas las más de las veces apoyadas por los mismos cubanos, acusándolas de aventureras, izquierdistas (en los términos del texto de Lenin *La enfermedad infantil...*) y hasta de contrarrevolucionarias. Eran partidarios de la vía pacífica al socialismo y la coexistencia pacífica con el imperialismo yanqui, tal como lo impulsaba la URSS en los sesenta y setenta.

3 Son innumerables los artículos de la prensa chilena de la época en donde se acusa al gobierno de Allende de estar convirtiendo Chile en un “aguantadero de terroristas y subversivos”. En 1972, Chile también recibe al avión de los militantes fugados de la cárcel de Trelew en Argentina (militantes y cuadros del PRT-ERP, FAR y Montoneros), para que luego siga camino a Cuba.

parte aquella independencia originaria), que forma y capacita cuadros política y militarmente y luego en la Junta Coordinadora Revolucionaria (JCR) una organización formada por el MLN, el MIR chileno, el ELN (Ejército de Liberación Nacional) de Bolivia y el PRT-ERP (Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo) de Argentina. De lejos, la organización dirigida por Mario Roberto Santucho será, por su envergadura, desarrollo y capacidad financiera, la más importante de la entente. Mientras que 1973 –año de creación de la Junta– las organizaciones chilena y uruguaya se encuentran en retroceso, recibiendo los golpes de la represión contrainsurgente, la argentina aún está en un momento de auge y crecimiento, con cientos de combatientes en sus filas, con periódicos (*Estrella Roja* y *El Combatiente*) de gran masividad, inserción en las comisiones internas y cuerpos de delegados en grandes establecimientos fabriles y una capacidad militar nada despreciable. Gran proveedor financiero y logístico, el PRT-ERP influenciará de manera determinante en la trayectoria ideológica del MLN, que virará desde ese marxismo poroso, cargado de las diversas tradiciones presentes en el mundo popular oriental, fundamentalmente el nacionalismo, a una organización marxista leninista (y guevarista, agregamos) más afín al ideario perretiano y a las exigencias de los cubanos. Lejos de ser este un camino asfaltado, para el MLN es una situación traumática, que será vivida a veces con aceptación, pero otras con resistencia por los militantes, que llevará a la disidencia y la ruptura.⁴

Como corolario, el libro traza un mapa sobre la represión transnacional que todas las organizaciones empiezan a padecer durante el fin del gobierno peronista en la Argentina, con la intervención combinada de las fuerzas armadas de Chile, Argentina, Bolivia, Uruguay, Paraguay y Brasil.⁵

⁴ La proletarianización como remedio a las desviaciones pequeño burguesas, aparece como una recomendación recurrente, principalmente luego del Congreso de Viña del Mar, donde el MLN empieza a virar en este sentido, práctica extraña a los orígenes *tupas* y que metía ruido en las bases, en donde eran mayoritarios los estudiantes, profesionales, trabajadores bancarios y otros oficios alejados de la realidad fabril.

⁵ Desde 1972 y hasta 1985, el MLN tuvo a sus principales dirigentes presos en condiciones inhumanas, rehenes de la dictadura uruguaya, que ante cualquier atentado había amenazado con liquidarlos. En estas condiciones estuvieron Sendic, Mujica, Fernández Huidobro y Rosencof, entre otros.

Un párrafo aparte merecen los capítulos de los días posteriores al golpe contra Allende el 11 de septiembre de 1973, el asalto a la Embajada cubana (con la resistencia de los militares cubanos que allí se encuentran) y el honroso comportamiento del embajador sueco Harald Edelstam en el rescate de perseguidos uruguayos, chilenos y argentinos por la dictadura de Pinochet, tarea que este no tomó solo como humanitaria, sino como una lucha contra el fascismo.⁶

En definitiva, una obra importante, con gran peso de los testimonios orales de los diversos protagonistas, crucial para entender el derrotero de una organización, cuyo desarrollo fue, en gran medida, previo al de su hermana del lado argentino y en cuyo declinar esta no pudo (o no supo) avizorar futuros posibles. Como una profecía de tiempos terribles, el libro cierra con un canto del Uruguay del año setenta en el que –con la música de *Fiesta* de Serrat– la militancia afirmaba “Vamos subiendo la cuesta/que el tren que fue a Chile va a parar en esta”. Así fue, pero en un trágico sentido inverso.

6 Dado que todos los países del Bloque Soviético rompieron relaciones con el Chile de Pinochet el mismo día del golpe, los cubanos decidieron resistir militarmente dentro de su embajada. Luego de negociaciones, el personal de esta sale del país, y el inmueble queda bajo control sueco. Al ingresar Edelstam (que había sido guerrillero antinazi en la frontera sueco noruega en la Segunda Guerra) al edificio, encuentra un gran arsenal militar dejado por los cubanos, que con la ayuda de militantes *tupas*, pasa a manos del MIR. Nada de esto, está dentro del comportamiento diplomático formal... En diciembre de 1973, Edelstam es expulsado de Chile.



Boletín del Grupo de Trabajo
Izquierdas: praxis y transformación social

Número 5 · Noviembre 2021